

A black and white close-up portrait of Yukiko Motoya, looking upwards and to the right. Her dark hair is visible at the top and sides of the frame. A white rectangular box is overlaid on the lower half of her face, containing the text.

**Yukiko
Motoya**
Mi marido
es de otra
especie

Alianza Lit

D.J.57

Yukiko Motoya

Mi marido es de otra especie

Traducción del japonés de Keiko Takahashi y Jordi Fibla

Alianza editorial

Índice

Mi marido es de otra especie

Los perros

El *baumkuchen* de Tomoko

Un marido de paja

Glosario

Créditos

Mi marido es de otra especie

Un día reparé en que mi cara se había vuelto idéntica a la de mi marido. No es que alguien me lo hubiera hecho observar, sino que, de una manera casual, mientras clasificaba las fotos acumuladas en el ordenador, de repente me fijé en ese detalle. Al comparar las fotos de hace cinco años, cuando aún no nos habíamos casado, con las recientes, tuve la impresión de que nos parecíamos. No era una similitud que me permitiera señalar facciones concretas y explicar en qué consistía la semejanza, pero, cuanto más miraba las fotos, tanto más aumentaba mi aprensión. Era como si el aspecto de cada uno se fuese aproximando gradualmente al del otro.

Cuando llamé a mi hermano Senta, a fin de hacerle unas consultas sobre el ordenador, aproveché la ocasión para plantearse.

—¿Cómo dices? ¿Vosotros dos? —replicó en un tono despreocupado, como un animal que estuviera descansando tranquilamente en la orilla del mar—. Jamás he pensado tal cosa. ¿No será lo que suele decirse, que, cuanto más larga es la convivencia de una pareja, tanto más van asemejándose el uno al otro?

—Si esa teoría fuese cierta, entonces tú y Hakone deberíais pareceros mucho más. No me sirve.

Mientras le respondía, iba abriendo una carpeta del ordenador, tal como él me había enseñado a hacer. Senta y Hakone son novios desde la adolescencia y llevan viviendo juntos el doble de tiempo que mi marido y yo. Nosotros nos casamos año y medio después de habernos conocido.

—Y, lo mires como lo mires, vivir juntos no es lo mismo que estar casados —añadí.

—¿Ah, no? ¿Dónde está la diferencia?

—Está, por ejemplo, en la densidad de la relación.

Senta me indicó que arrastrara la carpeta de las fotos hasta el icono de la cámara.

—Esto no es mi fuerte —advertí—. El icono se extiende enseguida y

acaba volviendo al sitio donde estaba.

Como era de esperar, a pesar de que tuve que habérmelas un par de veces con el alargamiento del icono, por fin pude subir las fotos. Tras consultarle sobre mi intención de vender el frigorífico, colgué el teléfono. Es posible que escuchar de labios de Senta que él no ve ningún parecido entre mi marido y yo me tranquilizara. Lo digo porque desde entonces me olvidé por completo de lo que había observado en nuestras fotos.

Había ido a Correos para enviar un paquete de mi marido y, al volver a casa, vi que la señora Kitae estaba sentada en un banco del recinto canino. Di unos golpecitos en la ventana, ella me hizo una seña y entré para charlar un rato. En nuestro edificio hay un espacio reservado exclusivamente para los perros de los inquilinos. Es como un parque en miniatura, con el suelo de tablas, situado encima de la marquesina en la entrada. Se accede a él por el pasillo de la primera planta. Empujé la pesada puerta contraincendios, entré y la señora Kitae dio unas palmaditas en el espacio libre del banco, a su lado.

—¿Qué tal, Sanchan? Siéntate aquí. Me alegro de verte. Ahora no tienes nada que hacer, ¿verdad?

La señora Kitae tiró del carrito que ella misma había reformado y, de la bolsa en la parte trasera, sacó una lata de café. Por encima de la bolsa, sobre un cojín, como de costumbre, atado con un cordón y acurrucado, *Sansho* parecía un adorno. La señora Kitae viene aquí todas las tardes para que su querido gato *Sansho* tome el sol. Según ella, que su gato no disfrutara de esta zona sería injusto, ya que ella paga el mismo alquiler que los inquilinos propietarios de perros. Tiene casi tres décadas más que yo, lo que no impide que su salud sea excelente y su espalda esté completamente recta. Si no fuese por las canas, con un cutis tan juvenil como el suyo, no sería de extrañar que la tomaran por una cincuentona. Sus vaqueros de un blanco puro le sientan muchísimo mejor que a mí.

Conocí a la señora Kitae en la sala de espera del veterinario al que llevo a mi gato. Fue ella quien entabló conversación y me estuvo hablando largo y tendido del problema de su gato, que hace sus necesidades dentro de casa. Vivimos en un edificio de gran tamaño, con dos alas, la E y la O, un tipo de construcción que es una rareza en el barrio. Debido a su envergadura, entra y

sale mucha gente, aunque la relación entre los inquilinos es escasa. La señora Kitae es la única a la que puedo considerar una conocida. Al principio me mantenía a distancia, ya que su empeño en llevar a su gato a un espacio reservado para los perros me parecía una actitud sospechosa, y fue ella quien empezó a decirme algo de vez en cuando. Poco a poco, fuimos trabando conversación. Su gato, *Sansho*, que permanecía sobre el cojín con una inmovilidad absoluta, como una estatua de Jizo, me despertaba curiosidad.

—Qué buen tiempo hace —le dije mientras me sentaba a su lado y abría la lata de café frío. El día era bochornoso y, a pesar de la corta distancia entre su piso y el recinto canino, la mujer tenía la camiseta pegada al torso húmedo.

—Menudo calor —replicó—. El verano en Japón es asqueroso.

Con el ceño muy fruncido, examinaba el suelo de tablas. Hace poco me contó que antes vivía con su marido en San Francisco, donde tenían un piso en propiedad adquirido cuando eran jóvenes. Todo fue perfecto hasta que el impuesto sobre bienes inmuebles subió tanto que se vieron obligados a vender la vivienda y regresar a Japón.

—Imagínate, Sanchan, cinco millones de yenes al año por un piso que es tuyo. ¡Cinco millones! ¡Es intolerable de tan absurdo!

Sólo en una ocasión había visto al marido de la señora Kitae, un hombre que siempre tiene una sonrisa para todo el mundo y, lo mismo que *Sansho*, me evocaba una estatua de Jizo.

Me preguntó si no tenía algo divertido que contarle. Entonces recordé de repente la comparación de las fotos que había hecho algún tiempo atrás y olvidado por completo.

—Mi cara se está pareciendo cada vez más a la de mi marido —repose.

Pensé que ella no me haría ningún caso, pero dejó de abanicarse con la palma de la mano y mostró un interés inesperado.

—¿Cómo dices? ¿Cuánto lleváis casados?

—Pronto hará cuatro años.

—Te conozco desde hace muy poco y no puedo opinar, aunque permíteme que te prevenga. Una jovencita como tú, que lo acepta todo, sea lo que fuere. Eso te hará... en un abrir y cerrar de ojos.

Un perro corgi, que correteaba ladrando por el suelo de madera, me impidió entender una parte de su frase. Esperé en vano a que la repitiera y

ella volvió a abanicarse nerviosamente con la mano, levantándose el flequillo.

—Oye, la próxima vez que nos veamos, ¿me enseñarás esa foto?

—¿Eh? Sí, claro.

La señora Kitae tiró del carrito hacia sí y, como si el tema hubiera dejado de interesarle por completo, se puso a acariciar la mandíbula de *Sansho*. Mientras buscaba el momento oportuno para levantarme e irme de allí, ella sacó algo de la bolsa fijada al carrito, esta vez, un paquete de galletas.

Había empezado a incorporarme cuando ella habló.

—Conozco un matrimonio...

Volví a sentarme en el banco. Ella partió una galleta y me ofreció un trozo.

Entonces, me contó que en cierto lugar vivía una pareja a la que conocía desde hacía largo tiempo, por lo que, naturalmente, sus nombres y sus caras le resultaban familiares. Incluso tenía amistad con los demás miembros de la familia. La señora Kitae y su marido se trasladaron a San Francisco, y en consecuencia estuvieron un largo periodo sin poder verse. Por fin, al cabo de unos diez años, tuvieron la oportunidad de volver a reunirse.

Durante esta etapa, la pareja había vivido en Londres. Convinieron en que se encontrarían en esa ciudad para comer juntos y, cuando la señora Kitae llegó al restaurante y vio a sus conocidos que se levantaban y exclamaban «Cuánto tiempo sin vernos», no pudo creer lo que veían sus ojos.

—Se habían vuelto idénticos, como dos hermanos gemelos.

Se diría que evocaba la escena mientras mantenía los ojos cerrados.

—Pero desde el principio se parecerían un poco, ¿no?

—Qué va, ni lo más mínimo. Por un momento, pensé que uno de ellos se había hecho una operación de cirugía estética. En serio.

Durante la comida, con tanta discreción como constancia, la señora Kitae miraba sus caras y las comparaba. Quería convencerse de que el parecido era cosa de la edad, aunque la semejanza era tal que ese motivo no bastaba para explicarlo. Lo más curioso era que, examinados cada uno por separado, los distintos elementos de cada rostro, ojos, nariz, boca, eran, sin ninguna duda, de personas diferentes. Sin embargo, al examinar las caras en su conjunto, una imagen se solapaba con la otra, como si se reflejara en un espejo. La

señora Kitae estaba inquieta, tenía la sensación de que era objeto de un engaño.

—Sería por su manera de comer o por el ambiente del restaurante —le sugerí mientras tomaba la galleta que me ofrecía.

—Es posible que eso ayudara —replicó ella, volviendo la cabeza hacia mí —, sin embargo, ¿cómo te diría? Tenía la sensación de que sus facciones armonizaban, de que cada uno imitaba al otro. Y lo más sorprendente era que comía con placer las ostras y los langostinos que antes no le gustaban nada.

La señora Kitae recordaba que ésa era la comida favorita del marido, y lo comentó, procurando que no se le notara un interés excesivo por el detalle.

—¿Cómo? —exclamó la mujer, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Es posible que fuese así? —Se quedó pensativa un momento y entonces concluyó—: No, debes de estar equivocada. A mí siempre me han gustado las ostras. ¿No es cierto? —Miró a su marido, el cual hizo un rotundo gesto afirmativo.

Terminaron de comer sin que la señora Kitae hubiera podido aclarar su duda y los tres se encaminaron a la ancha avenida para tomar un taxi.

La mujer acercó un trozo de galleta al hocico de *Sansho*.

—Al despedirnos nos prometimos que, a partir de entonces, nos veríamos con más frecuencia.

—¿Y no fue así?

—No, no lo fue. No volvimos a vernos hasta diez años después.

El encuentro tuvo lugar en el mismo restaurante londinense. La señora Kitae recordaba que la pareja parecía tan idéntica como si uno fuese la imagen del otro reflejada en un espejo y notaba que los latidos del corazón se le aceleraban un poco, inquieta como estaba por lo que iba a ver. Cuando avanzó hacia ellos, ambos se levantaron de la mesa y la señora Kitae no pudo reprimirse antes de preguntarles qué les había pasado. Desde cierta distancia, ya había visto que volvían a ser dos personas tan distintas una de la otra como lo habían sido antes de la ocasión anterior.

—La verdad es que fue un tanto decepcionante —comentó la mujer mientras introducía a la fuerza en la boca de *Sansho* el trozo de galleta al que el gato no había hecho ningún caso—. Había esperado que su parecido fuese todavía mayor.

Al igual que la vez anterior, una vez finalizada la cena, fueron a la ancha avenida para tomar un taxi. De improviso, mientras contemplaba la espalda del marido, a la señora Kitae le entró un ataque de risa y, entonces, le confesó a la esposa lo que percibiera diez años atrás. ¿Qué le ocurrió en aquella ocasión? No debía de haber sido más que una apreciación subjetiva.

Ellos la invitaron a su casa para continuar la velada con un vino. Descorcharon una botella y bebieron una copa tras otra. Cuando la esposa y la señora Kitae iban por la tercera botella, el marido hacía rato que estaba como una cuba. La esposa propuso que salieran al jardín. La señora Kitae, que estaba contemplando la decoración a base de piedras que se repetía en toda la casa y pensaba que respondía a un gusto muy peculiar, se levantó y fue tras ella, tambaleándose. Únicamente la luz de la luna iluminaba el jardín de estilo inglés, creado con gran esmero, aprovechando hierbas y flores silvestres, y la esposa avanzó hasta cruzar un puentecillo sobre un estanque. Por fin, se detuvo junto a un arriate de salvia florida.

—Mira, Kitae, te lo voy a contar —le confesó, y por su tono parecía como si contuviera la risa; tal vez estaba muy bebida—. Sólo tú sabrás por qué he vuelto a ser como antes. Quieres saberlo, ¿no?

—Sí, claro, cuéntame. ¿De qué se trata?

—Bien, pues aquí lo tienes —repuso la esposa, señalando el borde del arriate a sus pies.

—¿Estas piedras? —se asombró la señora Kitae mientras miraba con suma atención. Las mismas piedras que decoraban el interior de la casa estaban en el arriate, iluminadas por la luna.

—Exacto. Las he utilizado para que me sustituyeran. Anda, coge una.

Perpleja, la señora Kitae se agachó y cogió una piedra de forma más o menos cuadrada y sin ningún rasgo distintivo, igual a las que había en la sala.

—¿Qué tiene esta piedra de especial? —inquirió.

—Mírala con detenimiento. Así verás que es realmente idéntica.

—¿Idéntica a qué?

—Mírala y lo entenderás.

La señora Kitae se puso en pie y examinó la piedra a la luz de la luna. Creía a medias que la esposa bromeaba, pero, en cuanto varió un poco el ángulo de la piedra, recuperó la sobriedad de golpe.

—Es increíble —musitó, con la mirada fija en la piedra—. Sí, es cierto, incluso tiene los ojos y la nariz. Es idéntica.

La esposa convino en que, desde luego, era increíble. Entonces, le explicó que aquello había empezado con una piedra que estaba en un recipiente plano de arreglo floral, colocado por casualidad junto a la cabecera de la cama en el dormitorio. La piedra se iba pareciendo mucho al marido y, cada vez que la sustituía por otra, ocurría lo mismo. Así se fueron acumulando. Al recibir esta explicación, la señora Kitae cayó en la cuenta de que había muchas piedras más o menos del mismo tamaño en el borde del arriate de salvia que la esposa había señalado.

—Me recuerda al cuento *Los tres talismanes*, ¿no es cierto? —comenté. Ella inclinó la cabeza.

—¿Se parece a ese cuento lo que acabo de decirte?

—Sí, algo por el estilo. Un bonzo, a punto de ser devorado por el espectro de una bruja de montaña, utiliza un talismán que pega en la cisterna del retrete para que lo sustituya.

—Ya veo —dijo la señora Kitae, en un tono neutro que no permitía adivinar si el cuento le interesaba o no. Entonces se puso en pie—. Me preguntó si quería llevarme aquella piedra de recuerdo, pero la rechacé, claro, porque me daba mala espina.

Estábamos solas en el recinto canino. Le di las gracias por el café y me apresuré a abrir la puerta contraincendios para que saliera la mujer empujando el carrito. Esperé un momento en el pasillo, nos despedimos y me quedé mirando su figura que se alejaba hacia el ala E del edificio. Yo me dirigí a la O.

Una vez en el piso, puse cierto orden en la sala de estar y pulsé el interruptor del aspirador robótico autónomo. El lavavajillas me lava los platos y vasos del desayuno, la lavadora me lava la ropa y la centrifugadora la seca. A veces me pregunto quién se ocupa realmente de las tareas domésticas.

Antes de casarme, trabajaba como administrativa en una empresa de sistemas para economizar agua. Era un negocio pequeño, con menos personal del necesario, y por eso estaba sobrecargada de trabajo, hasta el punto de que era perjudicial para mi salud. Entonces conocí al que sería mi marido. Hasta

después de que empezáramos a salir juntos, no supe que sus ingresos eran superiores a la media y acepté alborozada la seductora oportunidad de no tener que seguir deslomándome para vivir. A pesar de que, por así decirlo, exhibo con orgullo el cartel de «ama de casa», no puedo evitar un sentimiento de culpa porque disfruto de tantas comodidades. Ser propietaria de una vivienda a mi edad me produce la sensación de que estoy haciendo trampas en la vida. Tal vez si tuviera hijos podría llevar la cabeza más alta; sin embargo, no hay el menor atisbo de que me vaya a quedar encinta, como si mis entrañas percibieran mi talante deshonesto.

El reloj señalaba la una pasada. Recordé que aquel día caducaba la carne picada y decidí preparar *donburi*, salteando la carne con berenjena al gusto de miso agri dulce. Cuando mi marido está en casa, comemos en el comedor, aunque si estoy sola lo hago en el sofá, delante de la tele.

Mi marido quiere ver la tele mientras come y por eso no nos sentamos uno frente al otro, sino que me coloco a su lado derecho. Nada le satisface más que sentarse ante el televisor por la noche, vaso de *whisky* con soda en mano, y quedarse embobado viendo un programa de variedades. Era una costumbre, una afición que se había esmerado en ocultarme antes de nuestro enlace. Muy poco después de casarnos, me pidió que me sentara porque tenía una cosa que contarme. En esa ocasión, se sentó en una silla, en posición erguida.

—Mira, Sanchan, has de saber que quiero ver la tele tres horas al día como mínimo.

Este matrimonio era el primero para mí, pero él había fracasado en uno anterior. Cuando estaba delante de su mujer, se esforzaba por ocultarle su dejadez, y supongo que acabó cansándose de fingir. Quería confesarme cómo era en realidad. Me hablaba serio, con toda formalidad, y hasta cometí el error de alegrarme, creyendo que yo era la única persona en la que confiaba para sincerarse.

Aquella misma noche, supe que su interés por la televisión se reducía al programa de variedades. Tres horas no parecía muy exagerado y era más o menos el tiempo que duraba la cena y la copa que tomaba por la noche. Jamás se aburría ante la pantalla, como si la estuviera sorbiendo y le extrajera algún sabor agradable. El hombre que había parecido capaz de revelar su verdadera personalidad, cada vez que se presentaba la ocasión, afirmaba que,

cuando estaba en casa, no quería pensar en nada. Si vuelvo un poco la vista atrás, creo que fue en esa época cuando las facciones de mi marido empezaron a perder firmeza.

Acerca de su mirada, puedo ser amable y decir que es aguda o dejar la amabilidad de lado y decir que siempre parece suspicaz y que mira con los ojos desorbitados como los reptiles. Debido a que tiene la espalda continuamente encorvada, da la impresión de que te mira a la cara desde abajo, lo cual causa una mala impresión a la mayoría de las personas que se relacionan con él por primera vez. Tiene la nariz alargada, como si se hubiera extendido a causa de un aplastamiento en la parte superior, y los labios delgados.

En cuanto a mi cara, es bastante corriente. La nariz, heredada de mi abuelo, es corta y redondeada, mientras que, si se observan bien, los labios son gruesos, un rasgo que procede de mi abuela. La impresión general es de aplanamiento e impasibilidad, acentuada por la blancura del cutis. Cuando me veo reflejada en el espejo, pienso que mi cara es como una postal. Por otro lado, mis párpados carecen de uniformidad: el derecho tiene dos pliegues, y el izquierdo, tres. De todos modos, mi rostro me satisface, porque en el pasado dos o tres hombres me juraron que les gustaba, pero desde que me casé, con muchas menos ocasiones de maquillarme, creo que ese aspecto de postal que tiene se ha hecho más acusado.

Estoy segura de que, comparando los rasgos de mi marido con los míos, nadie diría que nos parecemos.

¿Por qué, entonces, tengo esa impresión? Me lo preguntaba con extrañeza mientras miraba de reojo el rostro recién afeitado de mi marido.

De improviso, él me dijo que quería hacer un viaje corto. Aquel día mi hermano Senta, al salir del trabajo, había venido a casa para reparar el frigorífico que vamos a subastar. Se estaba enfrentando a las herramientas que había traído, dispuestas sobre hojas de periódico, y yo contemplaba su espalda cuando me volví hacia la sala de estar.

—¿A qué viene esto? —le pregunté sorprendida.

—Demasiado tiempo sin hacer una salida juntos, eso es todo.

Mi marido tenía un vaso de *whisky* con soda en la mano y estaba totalmente relajado. Habíamos acordado que pediríamos que nos trajeran pizzas una vez finalizada la reparación, pero él entretenía la espera bebiendo solo, sin pensar en los demás. No tiene empacho en decir que no está dispuesto a hacer algo tan molesto y complicado como poner en orden los cables de un electrodoméstico. Yo diría que se aprovecha de que es el hijo menor de su familia, no vacila en comportarse como un niño mimado incluso con su cuñado, más joven que él. La presencia física de Senta es tan imponente que sorprende lo servicial que es, siempre dispuesto a echar una mano a quien lo necesite. Es probable que se lleve bien con mi marido gracias a su carácter. Mi marido recurre a él cada dos por tres, y por eso ahora mi hermano y yo nos vemos con mucha más frecuencia que antes de casarnos.

—Oye, Sanchan —me llamó desde el sofá—. ¿Recuerdas a Uwano? Una vez lo traje a casa.

—Ah, sí, aquel tipo simiesco, el que nos montó la estantería de los libros.

Unos meses después de casarnos, solicitamos la ayuda de un compañero de trabajo de mi marido, que quería instalar estantes para libros hasta el techo. Imagino que en aquella época aún no tenía suficiente confianza con Senta.

—El mismo. Me ha dicho que se ha comprado una caravana.

—Vaya, ésa sí que es una decisión importante.

—La verdad es que apenas puede usarla, porque está muy ocupado.

—Comprendo.

—Quiere que alguien la use. Dice que es una pena comprar un vehículo así y tenerlo inmovilizado.

—¿Que la use quién?

—Yo, claro.

—¿Uwano no la usa?

—Acabo de decirte que está muy ocupado con su trabajo. Hemos hablado del asunto y llegado a la conclusión de que lo mejor será que la use yo. ¿Por qué no me escuchas con atención?

—¿Pero cualquier persona puede conducir una caravana?

—Supongo que sí —afirmó él con la cabeza inclinada.

Me volví hacia la cocina, donde estaba mi hermano.

—¿Crees que cualquiera puede conducir esa clase de vehículo, Senta?

—Me parece que basta con el permiso de conducir normal —contestó mientras daba unos toques minuciosos con un pincel muy pequeño, como de manicura.

Asegura que, con la aplicación de varias capas de un adhesivo especial, es posible restaurar tan bien un electrodoméstico que sólo un profesional podría darse cuenta de que está reparado. La semana pasada, cuando examinaba todos los recovecos del frigorífico para comprobar si estaba en condiciones de subastarlo, descubrí grietas en dos lugares de la junta. Pedí ayuda a mi hermano, pensando que tal vez hubiera algo de jactancia en su afirmación de que es capaz de solucionar cualquier problema, pero, cuando abrió con toda tranquilidad una caja de herramientas que casi superaban a las de un auténtico mecánico, no pude evitar la idea de que ésa y no la de director de cine podría ser su verdadera profesión.

—¿Cuántas plazas tiene?

—Seis, y con ducha y lavabo —proclamó orgulloso mi marido, como si él fuese el propietario.

—Es tan grande que vosotros también podríais venir.

—¿De veras? Un momento, que se lo digo a Hakone.

Mi marido había hecho la invitación con absoluta naturalidad, aunque se le notaba a la legua que quería dejar en manos de Senta todas las tareas difíciles y pesadas.

—Desde luego, tenemos que ir a la montaña, sí, a la montaña.

—Para hacer una barbacoa, supongo.

—Exacto. Estar tendido y bien cómodo en una hamaca, sin hacer nada, será suficiente. Con una cerveza en la mano, claro.

Los dos hombres se habían animado mucho hablando de la excursión. Entonces, Senta nos avisó de que debíamos esperar a que se secaran las capas de pintura blanca que había aplicado sobre las grietas y pedimos las pizzas por teléfono.

—Últimamente, siento una gran atracción por la naturaleza, por las montañas —adujo mi marido, sentado como un rey con las piernas abiertas en el sofá que sólo él ocupaba—. Ha sido de repente. ¿Qué me habrá pasado?

—¿No se deberá a que trabajas demasiado?

—Hmm, exceso de trabajo, sí, eso podría ser.

—¿Haces muchas horas extras?

—Sí, muchísimas —afirmó mi marido, haciendo gestos de asentimiento mientras se lamía el queso pegado a los dedos.

Senta tomó un trago de Coca-Cola.

—¿Qué es lo que quieres hacer en la montaña?

—Oh, nada en concreto. Lo único que deseo es no hacer nada.

—Eso es increíble —tercié, alargando la mano hacia la pizza *quattro formaggi* que habíamos pedido por primera vez—. Es increíble oír decir tal cosa a la misma persona que hasta hace muy poco despreciaba a quienes aman la vida al aire libre.

—Dime, cuñado, ¿cuántos años tienes?

—¿Eh? ¿Cuántos son?

Mi marido me miró con los ojos como platos.

—No me digas que desconoces tu propia edad.

—Es un fastidio tener que calcularla cada vez que me lo preguntan. Tú, Sanchan, deberías recordarla para ocasiones como ésta.

Tras haber comido bien y dicho cuanto le venía en gana, el egoísta de mi marido se levantó para ser el primero en bañarse. Senta se zampó el último trozo de pizza y volvió a ocuparse del frigorífico. Yo me puse a fregar los platos.

Llegó el mes de julio. Por fin había finalizado la estación de las lluvias, pero cada día que pasaba hacía más calor y, con éste, iba en aumento una sensación incómoda y desagradable.

Mi marido estaba en casa debido a la anulación repentina del trabajo previsto para aquel fin de semana y, cosa insólita en él, me propuso que fuéramos a comer *soba*.

Fuimos a un restaurante sencillo del barrio, donde tomamos *soba* con ñame y nabo rallado y *oyako donburi*. Regresábamos a casa cuando ocurrió un incidente. Mi marido caminaba a paso vivo delante de mí. Una mujer que estaba acucillada junto a un poste del tendido eléctrico dijo «¡Un momento!», alzando la voz. Él se detuvo, replicó «¿Qué?» y, casi al mismo

tiempo, yo, que iba bastante rezagada, tuve un mal presentimiento. Sin duda, aquella mujer había sido testigo del momento en que mi marido, siguiendo su hábito, había lanzado un escupitajo a la calzada. Apreté el paso, muy preocupada, y vi que la mujer sujetaba una escoba y un recogedor. La expresión de su cara distaba mucho de ser normal y comprendí que no podía pasar de largo como si no tuviera nada que ver con él. En aquel mismo instante, mi marido me hizo un gesto. Necesitaba mi ayuda.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué va a pasar? Nada. Ven un momento.

Un tanto nerviosa, me reuní con ellos, situándome entre mi marido y la mujer, que le miraba con hostilidad detrás de sus gafas. Su edad parecía estar en un punto intermedio entre la mía y la de mi madre.

—Esta señora... —empezó a argüir él, al parecer desconcertado por la actitud de aquella mujer que le traía sin cuidado—. Le aseguro que se equivoca, pero ella no afloja, insiste en que he escupido a propósito, mientras la miraba a los ojos. Explícale que eso no es posible, Sanchan. ¿Cómo voy a hacer una cosa así?

La mujer, que lo fulminaba con la mirada, replicó en un tono severo:

—¿Pero qué dices? ¿Cómo no ibas a verme si lo has hecho delante de mis narices?

—Ya lo ves, sigue con lo mismo. Estas situaciones me sacan de quicio. —Al parecer, mi marido había decidido seguir dirigiéndose a mí.

Profundamente irritado, se masajeaba con dos dedos los rabillos de los ojos.

—Sanchan, ¿por qué no le dices tú también que ya sé que escupir en la calle está mal? —tuvo el descaro de pedirme.

—Disculpe, señora —intervine en el tono más cortés posible antes de que ella pudiera abrir la boca—. Esa mirada que le ha ofendido es un rasgo natural que, desde luego, puede causar un malentendido. Créame, no anda por ahí escupiendo adrede delante de la gente.

—A otra con ese cuento —replicó la mujer sin mirarme siquiera. Su expresión se había vuelto todavía más hostil y sus ojos se clavaban en los de mi marido, como si quisiera destrozárselos con su potencia—. Estáis casados, ¿no? Sois adultos. ¿Cómo es posible que a vuestra edad no os dé vergüenza

actuar de esta manera?

Ahora nos examinaba a los dos de la cabeza a los pies. Mi marido callaba y desviaba la vista por encima de la cabeza de la mujer, como si las palabras de ésta no llegaran a sus oídos. No pude aguantar aquella mirada e incliné la cabeza.

—¿Dónde vivís?

—Cerca de aquí —respondí.

—Sí, pero ¿dónde exactamente?

Levanté la cabeza.

—¿Cómo que dónde? ¿Para qué quiere saberlo?

—Pues no podría ser más lógico. Sabéis que vivo aquí, pero no sé dónde vivís vosotros.

Un joven ciclista pasó por nuestro lado y volvió la cabeza varias veces, intrigado por las tres personas que estaban discutiendo en medio de la calzada. Lo miré sin ninguna intención, pero la mujer se indignó todavía más.

—Después de esto, a saber lo que seréis capaces de hacer —señaló con brusquedad.

Retrocedí unos pasos.

—No, señora. Esto no volverá a ocurrir, se lo aseguro.

Hablaba con la cabeza gacha, deseosa de poner fin a la lamentable escena. Entonces, busqué a mi marido y vi que se había alejado para ponerse a la sombra de una tapia. Permaneció allí con una indiferencia absoluta, como si estuviera ante el televisor.

—¿Qué hace ése ahí? —inquirió la mujer, probablemente en la cima de la indignación, y, dejando de lado la escoba y el recogedor, se sacó un móvil del bolsillo—. Basta ya, voy a llamar a la policía.

—Espere un momento, por favor. Ahora mismo lo limpio.

Me apresuré a sacar un pañuelo del bolso y me agaché. El asfalto bajo el sol ardiente parecía la base de una sartén sobre el fuego lento de un fogón. Había restos del escupitajo al lado del poste del tendido eléctrico y los recogí cuidadosamente con el pañuelo, tras lo cual restregué bien el suelo.

Al levantarme, incliné de nuevo la cabeza y volví a pedirle perdón. Ella me observaba con semblante inexpresivo. Al ver que su mirada era del todo distinta a la de antes, me sentí perpleja e incliné todavía más la cabeza,

aunque ella seguía sin decir palabra. Me desconcertaba que mis disculpas fuesen insuficientes. Estaba pensando que debería restregar más el suelo cuando la mujer habló.

—¿Cómo has podido hacer eso? —me espetó—. ¡No has sido tú quien ha escupido! Es increíble.

Tuve que preguntarme si era eso exactamente lo que me había dicho, mientras ella recogía la escoba y el recogedor.

—Ya no me importa, pero no volváis a pasar por delante de mi casa.

Después de darnos esta orden, hizo el gesto con el que ahuyentaría a unos animales, como si no quisiese relacionarse más con nosotros.

Mi marido se puso a caminar despacio. Yo lo seguí, aturdida, y doblé la esquina. Ahora que habíamos perdido de vista a la mujer, él exhaló un profundo suspiro.

—Qué cosa tan desagradable te ha ocurrido —gruñó, como si él estuviera al margen del asunto—. Tener que aguantar a una vieja cascarrabias. Qué mala suerte la tuya, Sanchan.

Al ver el pañuelo que apretaba en la mano, recordé el rostro de la mujer.

Experimenté una sensación rara, como si mi cuerpo y el de mi marido estuvieran entrelazados o adheridos el uno al otro. Hasta que aquella mujer me hizo ver lo contrario, realmente me había parecido que era yo quien había lanzado el escupitajo contenido en el pañuelo. Mi marido seguía quejándose de ella.

—¿Cómo es posible que no haya sentido el impulso de perdonarte cuando te has disculpado tantas veces?

Estas palabras hicieron que volviera a no saber bien de quién era el escupitajo, y miré la cara de mi marido, que seguía refunfuñando mientras caminaba.

—¡Ah! —grité, involuntariamente, porque sus ojos y su nariz se habían deslizado hacia abajo.

Como si reaccionaran a mi voz, las facciones volvieron raudas a su posición normal, dando la impresión de que no había ocurrido nada. Contuve la respiración.

—¿Qué te pasa, Sanchan?

Mi exclamación lo había alarmado y se volvió para mirarme con fijeza. Su

cara era la habitual, una cara con cierto parecido a la de un pez. ¿Qué podía haberle ocurrido un momento antes? Asustada como estaba, permanecí un buen rato sin poder abrir la boca, hasta que él, harto de esperar, murmuró con calma:

—Estás empeorando, ¿eh, Sanchan?

Entonces, dejándome allí plantada, echó a andar despacio, dobló la esquina y desapareció.

Al observarlo con detenimiento, concluí que el rostro de mi marido cambiaba según las circunstancias de cada momento. En compañía de otras personas, su aspecto no variaba porque mantenía las apariencias, pero, cuando estábamos los dos solos, parecía bajar la guardia y, de alguna manera, los ojos y la nariz se desplazaban un poco de su posición normal. La diferencia era de uno o dos milímetros nada más y nadie que no tuviera un interés especial en sus facciones la percibiría. Era una alteración muy vaga, como si el contorno de un retrato se desliera en agua y se desdibujase.

A fin de que él mismo se diese cuenta, cuando se producía aquella alteración de su cara, le comentaba que tenía la barba demasiado crecida o le decía que sería mejor que se examinara la nariz, para que se mirase en el espejo. Sin embargo, en cuanto lo hacía, los ojos y la nariz que estaban algo desplazados volvían a su posición normal y ya no se movían de ahí. Su alineación era perfecta. Al principio, esto me producía una sensación inquietante, pero, gracias a la convivencia diaria, me había ido acostumbrando. No obstante, su nariz y sus ojos imitaban gradualmente la colocación de los míos y eso sí que me asustaba. Era probable que le resultara cómodo tomar como referencia el rostro que tenía delante. Sea como fuere, estaba clarísimo que el momento en que la cara de mi marido se desdibujaba más que nunca era cuando veía el programa televisivo de variedades, con un vaso de *whisky* con soda en la mano.

Después de bañarme, me había sentado ante el ordenador cuando mi marido empezó a hablar de su exmujer y comentó que estaba rara. Tras comprobar, como me había acostumbrado a hacer cada noche, el movimiento de las subastas de frigoríficos que podrían hacerme la competencia, apagué el

ordenador.

—¿Rara? ¿Qué quieres decir?

Nunca le había pedido que no se pusiera en contacto con su exmujer y suponía vagamente que lo hacía, pero era la primera vez que se refería a ella con tanta claridad. Antes de casarnos, me había contado que ella tenía una nueva pareja y estaba encantada de la vida.

No respondió de inmediato, sino que lo hizo cuando empezaron los anuncios de la tele. Estaba sentado en el sofá y yo contemplaba su espalda, que empezaba a volverse carnosa, y la parte posterior de su cabeza, con el cabello muy corto. Se divorciaron cuando llevaban dos años casados, tal vez porque ella se hartó de que él fuese incapaz de mostrarse tal como era en realidad. Es probable que el motivo de la separación no fuese que él había dejado de quererla.

—Últimamente, me envía unos correos extraños.

Me levanté y fui a la cocina, en busca del *mugicha* que había preparado al mediodía.

—¿Qué dicen esos correos?

—Nada especial, pero...

—Pero los encuentras raros, ¿no? ¿En qué consiste esa rareza?

—Es que no tienen ni pies ni cabeza.

Quise saber si iba a contestarle y él, pulsando los botones del mando a distancia, me respondió que ya lo había hecho. Le había escrito unas frases inocuas, a lo que ella reaccionó enviándole otro correo todavía más incoherente. Le sugerí con aire despreocupado si no sería que ella deseaba que se reconciliaran, pero él permaneció en silencio.

Mientras pensaba distraídamente en su exmujer y tomaba sorbos de *mugicha*, me preguntaba si las facciones de mi marido estarían bien alineadas en aquellos momentos en los que también él pensaba en ella. Entonces, dio comienzo el siguiente programa de variedades y la espalda de mi marido se encogió de un modo notable, hasta quedar reducida a una talla menos.

Llevaba días sin ver a la señora Kitae y, al salir de casa para ir a la tintorería, la vi sentada en el banco del parque canino, sumida en sus pensamientos. Se mantenía erguida, como de costumbre, y con el cuello estirado, pero algo en

la posición de la espalda revelaba que su estado de ánimo no era bueno. Empujé la puerta contraincendios y entré en el recinto. Ella agitó ligeramente la mano.

—Vaya, ¿hoy no la acompaña *Sansho*? —le pregunté, al reparar en la ausencia del carrito con un estampado de topos que siempre tenía al lado.

Ella dirigió la mirada a un perro marrón que trataba de escalar la valla.

—*Sansho*, ¿eh? —se limitó a decir en tono distraído la señora Kitae.

Esperé un poco, intrigada por lo que le había pasado, pero ella no parecía dispuesta a añadir nada más. El sol no tardaría en estar exactamente encima de nuestras cabezas. Debido a la orientación del edificio, sus rayos no llegaban al banco por la mañana, aunque sin duda lo abrasarían por la tarde. Al imaginar el momento en que, con lentitud pero sin pausa, quemarían su bonito cabello blanco, no pude irme de allí sin hacer nada.

—No quiero inmiscuirme en sus asuntos, pero ¿qué le parece si vamos a una cafetería?

Me sentía un tanto incómoda al hacerle esa proposición, ya que hasta entonces tan sólo habíamos coincidido en el consultorio veterinario y el recinto canino, aunque ella, mirándome con una expresión de sorpresa, se levantó al instante.

—Sí, me parece muy bien —dijo resueltamente—. Vamos allá. Frecuento una donde tienen un *kooriazuki* delicioso.

Eché a andar con unos pasos tan enérgicos que asombraban en una mujer casi septuagenaria. Salimos del edificio y nos dirigimos a una cafetería un poco separada de las galerías comerciales, de cuya ventana pendía una cortina de raso con manchas de hollín. En el interior había aire acondicionado y la temperatura era agradable. La mujer me indicó una mesa al fondo, nos sentamos y ella se enjugó el sudor con un pañuelo de algodón rizado.

—Me apetecen unos espaguetis a la napolitana.

Me preguntó si también yo comería algo y, tras un momento de vacilación, decidí probar el *kooriazuki* que me había recomendado. Poco antes había tomado para almorzar arroz frito con huevo y lechuga.

Temía pecar de indiscreta si me interesaba por lo que le ocurría, y estuve un rato deslizando la cucharilla en el granizado de hielo mientras escuchaba el sonido del televisor instalado en el fondo del local. La señora Kitae había

metido el tenedor en el vaso de agua fría y le daba vueltas. Entonces, detuvo el movimiento de su mano.

—No creas que soy un monstruo inhumano —se defendió, y, al ver que yo no sabía qué replicarle, se apresuró a rectificar—. Perdona, será mejor que pienses que lo soy.

Parecía que estaba a punto de confiarme algo realmente serio.

—Como usted quiera —respondí, aplastando con la cucharilla el montículo de hielo.

—Se trata de *Sansho*.

Le sirvieron los espaguetis a la napolitana y ella concentró la vista en el plato mientras me iba contando lo que sucedía en un tono sosegado.

—*Sansho* tiene incontinencia urinaria y no hay manera de solucionarlo.

—No me diga —susurré. No era algo reciente. Mi vecina me había hablado de ello en el consultorio del veterinario. La incontinencia del gato había empezado sin ningún motivo aparente el verano anterior, ya hacía casi un año.

—Lo he llevado a varios veterinarios de buena reputación, pero ninguno encuentra un tratamiento eficaz.

Exhaló un suspiro que parecía un remolino mientras extendía la mano hacia el recipiente de queso en polvo.

Tal vez se tratara de un mensaje, de que quería volver con la madre de la que lo separaron cuando era un cachorro. A nosotros nos ocurrió con nuestro *Zoromi*. Cuando empezó a vivir en casa, se orinaba en todas partes, excepto en el lugar que habíamos destinado para ello. El olor del pipí de gato es muy intenso y no lo puedes eliminar por mucho que restriegues con detergente. Uno de los sitios donde se meaba una y otra vez era la alfombra, que olía a su pipí. Se trataba de una alfombra bastante cara, un lujo que nos habíamos permitido poco después de casarnos, pero nos cansamos de llevarla tantas veces a la tintorería y, sintiéndolo mucho, acabamos por retirarla de la sala. En nuestro caso, la incontinencia urinaria del gato duró aproximadamente un mes, aunque, al recordar la desesperación ante un problema que parecía irresoluble, convencida de que la lucha contra los orines no terminaría jamás, incluso ahora me brota un sudor frío. Desde entonces, no habíamos vuelto a hablar del asunto, y estaba segura de que la incontinencia de *Sansho* se había

solucionado. Pero lo cierto era que la señora Kitae llevaba casi un año soportando aquel problema, y la miré no sin cierta admiración.

—¿Qué es lo que ocurre ahora? —le pregunté.

Tal vez debido a que llevaba tanto tiempo sin comentarlo con nadie, ella decidió prescindir de toda reserva.

—Creí que iba a volverme neurótica, de veras. Me contaste que tu gato se orinaba en la alfombra. Nuestro *Sansho* empezó a hacerlo en el pasillo nada más subir del *genkan*. Al principio, ya que tenemos parqué fácil de limpiar, no me preocupaba demasiado, pero, como siempre hacía pipí en el mismo sitio, el líquido acabó por impregnar la madera. El olor era cada vez más intenso, así que decidí colocar unas láminas especiales que protegían del pipí en la pared y el suelo de esa zona. Es un pegote, aunque llegó un momento en que la estética era lo de menos.

Tras esta explicación, la señora Kitae dejó por fin el recipiente de queso en polvo que tenía en la mano. El queso cubría por completo los espaguetis, como si les hubiera caído encima una copiosa nevada.

—Pero las cosas se complicaron —siguió explicándome—. Esa medida había sido inútil y quizá habría sido mejor no haberla tomado. *Sansho* empezó a orinarse sobre todos los objetos de tela: los cojines, la ropa para lavar, el sofá, incluso la cama de matrimonio. Mi marido y yo pusimos en práctica todas las medidas que nos había indicado el veterinario, y ninguna de ellas resultó eficaz. Fijamos con cinta adhesiva unas láminas en toda la superficie del sofá y la cama, a fin de reducir la extensión meada. Las pusimos en el edredón y las almohadas, y teníamos que dormir con la molestia de los crujidos que hacía ese material al movernos, como si nos cubriéramos con cartones, pero aguantamos. Encerré a *Sansho* en una jaula para gatos y él no dejaba de llorar lastimeramente, como si estuviera presenciando la muerte de sus padres. Aquello era insoportable. Una conocida me informó de que su gato había dejado de orinarse dentro de casa al variar el ambiente en que vivía y empecé a sacarlo de paseo, como si así le suplicara que cambiase de hábito. ¿Sabes cuántos orinales para gatos tenemos en casa, Sanchan? —Se quedó mirando la espalda de una camarera que se había alejado después de reponer el agua y que evidenciaba con sus movimientos las pocas ganas de trabajar que tenía—. Trece, nada menos.

Trece. Ya no sé muy bien si vivimos con un gato o si éste nos permite vivir entre sus orinales.

Se echó a reír, pero yo no sabía qué decirle e iba comiendo una a una las alubias dulces de *azuki*. Tenía la sensación de que estábamos metidas en un barrizal y, cuanto más nos esforzábamos por salir de él, más nos hundíamos.

—¿Qué vais a hacer ahora? —le pregunté.

—Finalmente, hemos decidido abandonar a *Sansho*.

A decir verdad, le habría gustado dárselo a alguien que cuidara de él, pero ¿quién se haría cargo de un gato con el hábito de orinar donde no debe? También había pensado abandonarlo dentro del recinto de un templo shintoísta, aunque *Sansho* ya tenía once años y no era realista suponer que podría arreglárselas como un gato callejero. Por muchas vueltas que le diera, no encontraba una solución, lo pasaba muy mal, había perdido el apetito, y esa situación era el motivo de que últimamente la viese tan poco.

—Por último, se nos ha ocurrido que quizá podría sobrevivir en la montaña.

—La montaña... —musité. Ella tenía fijos en mí los ojos húmedos.

—Sí, creo que en la montaña podría estar bien.

Por fin empezó a comer los espaguetis. Yo tenía una sensación de frío debido al hielo del *kooriazuki* y me dirigí a la camarera, que estaba mirando la tele al otro lado del mostrador, para pedirle que redujera un poco la potencia del aire acondicionado. La señora Kitae movía desganada el tenedor y miraba los espaguetis como si fuesen un globo deshinchado.

La cordillera de los Andes fue el destino de nuestra luna de miel. No acabábamos de decidirnos por un lugar, hasta que mi marido vio por casualidad en un programa televisivo algo sobre las ruinas de Machu Picchu y me propuso: «Ya que es una ocasión muy especial, vayamos a Sudamérica». No teníamos ningún conocimiento previo e hicimos la reserva de acuerdo con las recomendaciones de la agencia de viajes. Ya habíamos pagado cuando nos enteramos de que el Machu Picchu es una antigua ciudad en ruinas que aparece de repente al borde de un precipicio de unos mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. Hay que tomar un avión, un autobús, un ferrocarril y otro autobús para llegar allí. Me alarmé al enterarme

de que se trata de un viaje que no puede planearse tan a la ligera. Consulté en Internet una página tras otra y todas hacían hincapié, con una insistencia que parecía incluso excesiva, en la necesidad de tomar precauciones y cuidar de la forma física, ya que, sin duda, el viaje sería muy duro. Así pues, empezamos a salir a caminar de noche para desarrollar la fuerza muscular y la resistencia, pero, cuando llevábamos una media hora dando vueltas en el parque cercano a nuestra casa, mi marido se detenía de repente y refunfuñaba: «Bueno, ya está bien para mí. En el peor de los casos, me quedaré descansando en el hotel y tú podrás encargarte de grabar con el vídeo, ¿eh, Sanchan?».

No lo decía en broma. No hay nada que le cause tanta pereza como moverse, hablaba con una seriedad total. Pero una vez en Cuzco, entre el numeroso grupo que formaban los miembros del viaje organizado, que empezaban a manifestar trastornos, aquejados del mal de montaña, él era el único que caminaba con ligereza, como si le hubieran salido alas en la espalda. Yo estaba inquieta, temerosa de que el esfuerzo excesivo lo enfermara de improviso, aunque al día siguiente, cuando llegamos al Machu Picchu, se movió entre las ruinas todavía con más animación y viveza.

—Ahí arriba me muevo mucho mejor que de costumbre —me confesó con toda sinceridad cuando estábamos de regreso en Lima—. Está claro que me falta suficiente altura.

Y, en efecto, mientras otras personas del grupo disfrutaban animadamente de la hora libre que tenían, él, como era habitual, no se movió para nada de la silla del Starbucks en la que se había sentado. Volvía a ser el de siempre.

Ahora, al escuchar la palabra «montaña», recordé aquella ocasión.

Unos días después de mi encuentro con la señora Kitae, Hasebo, con quien tengo muy buena relación desde que íbamos juntas al instituto, me pidió que organizara una segunda fiesta para celebrar su boda entre amigos, después del banquete formal. Al principio me negué, con la excusa de que había personas más adecuadas que yo, pero ella insistió, adujo que yo disponía de más tiempo libre que nadie, cosa que, desde luego, era cierta, y acabé por aceptar. Durante cierto tiempo estuve tan ocupada como cuando trabajaba en una empresa, y, entretanto, la estación de las lluvias llegó a su fin.

Siguieron unos días de calor ardiente y mi marido, al verme tan atareada preparando la fiesta, me miró con admiración y comentó:

—No sé cómo has podido aceptar semejante encargo. Yo no lo haría ni siquiera por dinero.

—¿Qué quieres que haga? —repliqué irritada—. Hasebo me lo ha pedido.

Mi marido se había olvidado por completo de que Hasebo nos había prestado una ayuda inestimable en la organización de nuestra boda.

—La cuestión es que Hasebo ha fracasado una vez. Además, tiene hijos... ¿A qué viene esa celebración? ¿Para qué hace algo tan pesado como organizar otra fiesta?

—Precisamente por eso a la ceremonia oficial sólo asisten los familiares. Con los amigos celebra la boda en una segunda fiesta.

Mientras le daba esta explicación, recordé que él tampoco había movido un dedo para organizar nuestra boda y que yo misma me había ocupado de casi todo.

—Si te da demasiado trabajo, exige que te pague. Te lo digo en serio.

Tras darme este consejo fuera de lugar, volvió a mirar la tele.

Cada vez que lo veo despatarrado en el sofá, tengo la sensación de que estoy viviendo con una nueva especie de ser orgánico que permanece muy a gusto sin hacer nada hasta que muere. Cuando le conté el problema urinario de *Sansho*, mi marido tomó en brazos a nuestro gato, que estaba a su lado. «*Zoromi*, a mí no me fastidies de esa manera, ¿estamos?», le amonestó, y se lo repitió varias veces.

¿Cómo era posible que no tuviera sentimiento de culpa por la búsqueda constante de la máxima comodidad? Me gustaría preguntárselo a ese ser vivo, pero seguramente me diría que el mero hecho de responderme le resultaba demasiado incómodo. Sin darme cuenta, debía de haberme casado con un ser que no era humano.

Desde aquel día he visto varias veces a la señora Kitae en el recinto canino, pero no me he acercado a ella, no sólo por falta de tiempo, sino también porque me sentía cohibida. Cuando comimos juntas, al salir de la cafetería estuve a punto de confesarle que no creía que *Sansho* pudiera sobrevivir en la montaña. Sin embargo, no sé por qué, mis labios se negaron a formar esas

palabras y me despedí de ella con algo que no tenía nada que ver: «Creo que la próxima vez probaré esos espaguetis a la napolitana». Me proponía decirle lo que pensaba de veras cuando volviéramos a encontrarnos, pero al mismo tiempo debía reconocer que no lo haría y que ese propósito quedaría flotando en el aire.

En una gran papelería de Shinjuku compré cartulina, sellos de goma en blanco para grabarles ideogramas ornamentales y demás material con destino a la segunda fiesta de la boda y entonces, al recordar que el consultorio dental donde trabajaba Hakone estaba cerca de allí, decidí hacerle una visita. Aún no le había expresado como era debido mi agradecimiento por la ayuda que me había prestado cuando preparaba la subasta del frigorífico. Bajé a la recepción, que se encontraba en el sótano, y enseguida nuestras miradas se encontraron a través del vidrio de la puerta. Dudaba si entrar o no cuando ella dijo algo al oído de su compañera, empujó la puerta y salió.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó, tal vez sorprendida al verme tan cargada.

—Estaba comprando cerca de aquí y he venido a verte. —Exhalé mientras dejaba las bolsas de la papelería en el suelo—. Quiero agradecerte de veras tu ayuda del otro día.

Senta me dijo que no había ningún problema y por eso la acepté, pero luego me di cuenta de lo complicado que es organizar una subasta. No sólo hay que hacer las fotos, sino obtener la identificación, responder a las preguntas que te envían los participantes en la subasta y otras muchas cosas, y todo se lo confié a los dos. Hakone me envió un mensaje preguntándome cuántos años tenía el frigorífico y dónde lo habíamos comprado y, mientras buscaba afanosamente la garantía para decírselo, me llamó Senta y me advirtió de que si no respondíamos de inmediato bajaría la valoración. Este apresuramiento me sorprendió mucho y le pedí que no me atosigara. Él replicó que si bajaba ahora la valoración, por poco que fuese, ya no habría trato. Como no quería perjudicar la reputación de Hakone, que me había prestado su identificación, seguí buscando como una loca la garantía. Estaríamos inquietos hasta que el mejor postor nos comunicara que había recibido nuestra respuesta y nos diera su valoración.

—Ya ha aparecido alguien dispuesto a pagar setenta mil yenes. Cuando

nosotros subastamos nuestro frigorífico, no hubo un solo postor.

—Sí, es cierto. Vamos, incluso habíamos pensado pagar a alguna empresa para que se lo llevase y, mira por dónde, se presenta alguien que ofrece setenta mil yenes. Hay que ver.

—Es una marca extranjera muy popular, aunque yo no había oído hablar nunca de ella.

—A su exmujer debió de gustarle. A él no se le ocurriría comprar una cosa tan exquisita.

—Pues menudo lujo se permitió mi cuñado, ¿eh?

—Pura fanfarronería. Ah, Hakone, parece que te llaman.

La otra telefonista agitaba una mano, señalando el teléfono.

—Falta poco para que termine. Si esperas un rato, saldremos juntas.

—Oh, muy bien. Ya que estoy aquí, te espero.

Entré en la sala de espera, ya que Hakone me había dicho que no había ningún inconveniente en que me acomodara allí. En una zona donde olía a algún producto desinfectante, estaba sentada una mujer de larga cabellera, con la cabeza gacha, mirando el suelo. Cierta vez, cuando vine a esta clínica tan sólo para que me blanquearan los dientes, Hakone se quejó de que muchos de los pacientes son un poco raros.

¿Raros? El director de la clínica pronunciaba conferencias y publicaba libros en los que afirmaba que jamás hay que extraer piezas dentales, fuera cual fuese su estado. Por eso acudían allí pacientes de todo Japón, convencidos de que las extracciones que sufrieron a manos de otros dentistas habían trastornado sus vidas. De ahí que el ambiente de aquella clínica sea un tanto diferente, y la misma Hakone me había aconsejado que, si necesitaba un tratamiento, fuese a otro sitio. Hakone tiene seis años menos que yo, pero ya han pasado casi diez desde que Senta me la presentó, es muy franca conmigo y podemos hablar sin reservas. Su cara se parece a la de las tres muñecas que representan mujeres de la corte en el Festival de las Niñas. Aunque sus párpados, carnosos y de un solo pliegue, me parecen bonitos, a ella la acomplejan y en una ocasión me preguntó en serio si debería someterse a cirugía estética. Cuando vine a que me blanquearan los dientes, fue la misma Hakone, de quien dudo que tenga la titulación de higienista, quien me eliminó el sarro. Cuando le consulté, sin darle demasiada importancia, por la

tonalidad amarillenta de los dientes, ella replicó que la solución era raspar la superficie, y en un abrir y cerrar de ojos llevó a la práctica sus palabras. Debido a ello, en la parte inferior de los dientes delanteros me ha quedado una marca, como esos surcos circulares decorativos que hay en el extremo de un mondadientes.

Me senté detrás de la clienta y, mientras pasaba las páginas de una revista, Hakone cambió su uniforme por la ropa de calle, apareció en la puerta y anunció que podíamos irnos. Me levanté y, a pesar del ruido que hizo la bolsa llena de láminas de cartulina, la mujer no se movió y continuó con la mirada fija en el suelo.

Nos sentamos a una mesa de la zona del súper reservada para restauración. La cuestión del frigorífico seguía ocupando mi mente, pero cambié de tema.

—Por cierto, hace poco mi marido ha recibido unos correos de su ex que, según él, no tienen ni pies ni cabeza.

—¿Ah, sí? —replicó ella mientras sacaba de la funda los palillos desechables—. Eso sí que es preocupante —añadió, en un tono que no traslucía la menor preocupación.

—Qué buena pinta tiene —comenté, mirando cómo Hakone quitaba la goma elástica de su caja de *obento*—. Yo también debería haber pedido eso.

—Bueno, si te parece, te doy dos trozos de solomillo y tú me das una porción de tu anguila.

Mi intención al entrar en los grandes almacenes había sido la de regalarle lo que quisiera, incluso ropa, pero ella fue directa a las escaleras mecánicas que conducían al departamento subterráneo de alimentación e insistió en que quería *obento*. Días antes ella había visto una noticia sobre una feria de platos para *gourmets* en el supermercado de los grandes almacenes y me explicó deprisa, con los carnosos párpados entornados, que el *obento* veraniego de filete con salsa picante parecía delicioso de veras. Con toda probabilidad, la misma noticia había atraído a la multitud que se arremolinaba en torno a los puestos de comidas preparadas. Había una profusión de carteles que anunciaban: «Feria de *obento* contra el calor del verano».

Hakone se informó en el plano indicador de la planta. «Anda, vamos», me dijo, y echó a andar con brío. Me costó un poco seguir su ritmo y choqué con

los hombros de varias personas hasta llegar a la cola ante el puesto de *obento* de filete picante. Pensaba esperarla en un rincón, pero mis ojos se fijaron en las cajas de *obento* de anguila apiladas en el exhibidor de vidrio que estaba al lado. El letrero proclamaba: «¡Selección especial! Cuatro clases de anguila para comparar». Era un *obento* de ensueño, con anguilas del río Shimanto, el lago Hamana, Mikawa y Miyazaki. Incluso habían añadido *shirayaki*. Separé con los palillos un trozo de cada una de las variedades y los deposité sobre el cuenco de arroz blanco de Hakone.

—¿Crees que sigue recibiendo esos correos sin pies ni cabeza?

—Probablemente.

—Vaya. ¿Te lo ha dicho él?

—No me lo ha dicho, pero es de suponer.

—Claro, claro. Y es un poco preocupante, ¿no? Tengo entendido que ella es una mujer muy guapa.

—Sí, es guapísima. Se parece a una actriz de cine cuyo nombre no recuerdo.

—¿Y tiene las piernas largas?

—Así es.

—¿Por qué se divorciaría de una mujer así para casarse contigo?

—Vete a saber.

Si una mujer así viera cómo es en realidad mi marido, ¿qué pensaría?

Sentí un escalofrío, miré el techo y vi que la boca de salida del aire acondicionado estaba justo encima de nosotras.

—Dime, Hakone, ¿ya no piensas casarte con Senta dentro de poco? — Mientras le hacía esta pregunta, saqué del bolso una camisa fina.

Ella masticaba pausadamente el filete y, tras dejar escapar un gemido, guardó silencio. Sus pensamientos debían de ser muy serios. Tenía los ojos fijos en el vidrio esmerilado de la mampara divisoria, pero no dejaba de masticar con regularidad la carne.

—Después de todo, no puedes confiar en él, ¿no es cierto?

—Oh, no, no se trata de eso. Hmm... ¿Por qué será? Ni yo misma lo sé con certeza. Pero diría que ambos queremos conservar un poco más nuestra individualidad.

—Ya, la individualidad, ¿eh? Casarse requiere que cada miembro de la

pareja asimile tanto lo positivo como lo negativo del otro, ¿no crees? Y, si lo negativo es muy superior a lo positivo, será imposible soportarse mutuamente, ¿no te parece?

—Oye, Sanchan, ¿conoces el cuento de la bola de serpientes? ¿No? ¿Dónde lo habré leído? Tal vez alguien me lo contó hace mucho tiempo. Dos serpientes están juntas y cada una empieza a comerse a la otra por la cola. Van devorándose con rapidez y en la misma proporción, hasta que sólo quedan las dos cabezas, que parecen una bola. Entonces, cada una se come la cabeza de la otra y las dos desaparecen por completo. ¿Comprendes? Tal vez la imagen mental que tengo del matrimonio sea algo así. A lo mejor, cuando nos demos cuenta, tanto yo como mi pareja habremos desaparecido, aunque puede que me equivoque, sí, puede que sea una sensación errónea.

—Hmm, una bola de serpientes, ¿eh? —Tomé con los palillos un trozo de la anguila depositada sobre el arroz blanco, imaginando que era una bola blanca recubierta por completo de escamas—. Desde luego, es una visión bastante penetrante del matrimonio.

—¿Te lo parece de veras? —replicó Hakone, y tomó un sorbo del té verde que había sacado del expendedor automático—. Pero esa teoría sólo es sostenible cuando los dos se devoran al mismo ritmo. En nuestro caso, es posible que me tragara a Senta de un solo bocado.

—Comprendo —respondí, y me llevé a la boca un trozo de anguila bien espolvoreada de *sanshou*. Pensé que la anguila del lago Hamana tenía más cuerpo y era más melosa que la de Mikawa.

La conversación con Hakone me hizo experimentar una admiración secreta hacia ella, pues hasta entonces, cuando establecía una relación íntima con alguien, tenía la sensación de que poco a poco me iba intercambiando con la otra persona. Cada vez que me daba cuenta de que había hecho míos sin querer el pensamiento, los gustos, la manera de expresarse y de comportarse del otro, y de que actuaba como si siempre hubiera sido así, me recorría un escalofrío. Por más que intentara poner fin a esa situación, no lo conseguía. Acaso no fuese algo tan simple como la manera de comportarse.

Al igual que las sustancias nutricias que permean la tierra, todos los hombres penetraban hasta el fondo de mi ser. Cada vez que salía con uno

nuevo, se me trasplantaba y la sustancia nutricia anterior de la tierra desaparecía por completo. La prueba de que así ocurría es que no recuerdo casi ninguno de los días pasados con hombres anteriores. Casualmente, los hombres que salían conmigo deseaban ser mi tierra nutricia. Al final siempre era yo quien rompía el tiesto a toda prisa, arrancaba la raíz de la tierra y me daba cuenta de que esa tierra había estado a punto de pudrirla. ¿Acaso la tierra era mala o ya de entrada la raíz tenía problemas?

Cuando decidí casarme con mi marido, no es que dejara de pensar que mi ser desaparecía sin dejar rastro, sustituido por el suyo. Sin embargo, incluso ahora, cuatro años después de la boda, no hago nada por huir de esa tierra que es mi marido. Cuando escuché el cuento de la bola de serpientes que me contó Hakone, por fin tuve una revelación satisfactoria de lo que hasta aquel momento no me explicaba. Sin duda, había permitido que los hombres me devorasen y ahora era como el fantasma de una serpiente que ha sido engullida por muchas serpientes; antes de que me engullera mi marido, ya hacía largo tiempo que había perdido mi ser original. Tal vez por eso puedo vivir tranquilamente con alguien, mi marido o un hombre similar, sin apenas hacerle caso.

En la entrada de la tienda de tofu delante de la estación, se iba consumiendo una espiral de *katorisenko* contra los mosquitos. Me incliné, fingiendo que examinaba los productos de tofu que estaban en el escaparate, para aspirar aquel humo que me serenaba, tal vez porque me causaba una dulce añoranza.

Después de cenar me llamó la atención el extraño hecho de que mi marido, en vez de ver la tele, que seguía encendida, estuviera concentrado en el iPad.

—¿Qué estás haciendo con eso?

—¿Eh?

—¿Es un juego?

—Sí, un juego.

—¿Qué clase de juego?

Esperé un rato, pero no hubo respuesta. Preferí dejarlo correr, fui a fregar los platos, me bañé y, al volver a la sala de estar, secándome el pelo con una toalla, él seguía sentado en el sofá, sin que hubiera variado en absoluto su

postura.

—Oye, ya puedes usar el baño —le dije.

—Bien —musitó.

Era una respuesta vacía, incluso podría decirse que espléndidamente vacía. Después de secarme el pelo, salí al balcón para recoger la ropa que había tendido al mediodía. Unos olmos plantados al otro lado de la barandilla estaban repletos de follaje, como si tuvieran cabelleras demasiado crecidas. Recordé que había encontrado en el buzón un aviso de que se iba a hacer la poda del arbolado.

Sentada en el suelo de la sala de estar, me puse a doblar la ropa. Al cabo de un rato, mi marido abrió la boca.

—¿Sabes? Esto me lo ha recomendado Uwano.

—Uwano, ¿eh? Últimamente os lleváis muy bien, ¿verdad?

—Es divertido. Prueba tú también.

—No. No me gustan los juegos.

—Al principio le dije eso mismo a Uwano. Anda, prueba.

—Estoy doblando la ropa.

—Deberías obligar a *Zoromi* a hacer eso. Vamos, *Zoromi*, échale una mano.

El gato estaba durmiendo a su lado. Él lo apartó y me hizo una seña para que me acercara. No solía insistir tanto y pensé que aquel día debía de sentirse cariñoso.

Más bien daba la impresión de que quería convertirse conmigo en la bola de serpientes lo antes posible. Cuando ponían el programa televisivo de variedades, quería que lo acompañara, diciendo que era más divertido si lo veíamos juntos. Estoy segura de que lo hacía para no soportar las miradas despectivas que le dirigía. Debía de creer que, una vez nos hubiéramos asimilado el uno al otro, yo dejaría de ser otra persona.

No tenía más remedio que sentarme en el sofá y fijarme en la pantalla del iPad. Había supuesto que sería un juego fantástico de última generación, pero lo que vi fue algo parecido al mar y la tierra trazados con líneas simples, como las de un viejo Famicom, y unos círculos de distintos colores que brillaban aquí y allá.

—¿Qué son esos círculos? —le pregunté. Él se volvió hacia mí.

—Ah, eso. Son monedas.

—¿Y qué se hace con ellas?

Me dijo que las tocara y pulsé con un dedo el círculo de color marrón. Durante unos instantes, se oyó un sonido, como el tintineo de monedas al caer en una hucha. Esperé a ver qué sucedía a continuación, pero eso fue todo.

—¿Qué es esto? No pasa nada.

—¿Has visto bien la parte inferior de la pantalla? Se está acumulando dinero.

Me fijé la parte inferior de la pantalla y comprobé que, en efecto, habían aparecido unos números a la derecha.

—¿Es un juego para reunir dinero?

—Exacto —asintió, mientras mordisqueaba el *surume* que acompañaba a la bebida.

—¿No aparecen enemigos?

—¿Enemigos? No, no aparecen.

—¿Y qué hacer después de haber reunido el dinero?

—Si logras reunirlo, puedes comprar un terreno.

—Y una vez comprado el terreno, ¿qué haces con él?

—Entonces, tus monedas brillarán en él.

—¿Brillarán?

—Sí, las monedas brillan. Las recoges y ahorras el dinero, lo cual te permite volver a comprar un terreno.

Aunque no añadí nada más, él debió de percibir mi estado de ánimo. Se quitó el *surume* de la boca.

—Tú te dedicas a tus labores, Sanchan —me explicó, dándose un aire de importancia—. No puedes comprender que un hombre no quiera pensar en nada cuando está en casa.

—¿Qué es eso en lo que no quieres pensar?

Normalmente, no hago caso de esa clase de comentarios, pero esta vez me atreví a planteárselo. Me ofendía que menospreciara sin ambages las tareas del ama de casa.

—Mira, ni siquiera puedo pensar en la respuesta a tu pregunta. Si no quieres jugar más, devuélvemelo.

Me quitó el iPad de las manos y volvió a concentrarse en el juego. Yo me levanté del sofá y me fui de allí, como si huyera del tintineo de las monedas y del ruido que él hacía al mordisquear el *surume*.

A partir de entonces, estuviera donde estuviese, en el baño, en el váter, en la cama, mi marido producía sin cesar aquel tintineo de monedas falsas. Preocupada por semejante insistencia, le aconsejaba que cambiara de juego, a lo que él hacía oídos sordos, limitándose a decir que aquello era lo que le gustaba. Si en el juego se desplegara un mundo de ensueño más estimulante que la realidad, aún podría comprenderlo, pero ¿por qué no quería salir de un mundo tan monótono, como un decorado de mar, tierra y monedas? Pensando que en algún momento el juego debía de complicarse, a menudo me inclinaba por encima de sus hombros para mirar la pantalla, sin ver nunca en ella grandes cambios, y él sólo parecía presionar de forma mecánica los símbolos de las monedas. Cada vez que le preguntaba si aquello era divertido, me respondía en un tono cansino que no se trataba de que fuese divertido o no. Un día, por primera vez en mucho tiempo, alzó la cara del iPad, nuestras miradas se encontraron y estuve a punto de lanzar un grito y echar a correr. Sus facciones se habían venido abajo bruscamente. No es que su cara fuese irreconocible. No, seguía siendo la suya, pero sin la forma normal de un rostro humano.

—Oye, ¿y las peras que nos regalaron el otro día? —me preguntó, en el mismo tono de antes. De hecho, no era consciente de aquel cambio y me miraba con unos ojos que estaban terriblemente separados—. Las peras. ¿Ya no quedan?

—Sí, todavía quedan —respondí con una serenidad fingida, apenas traicionada por un leve temblor en la voz.

—¿Quieres pelarme una?

—Bueno.

Di media vuelta para dirigirme a la cocina. Cuando tomé el cuchillo de pelar fruta, me temblaba un poco la mano. Sin duda, mi marido estaba empezando a rebasar el límite de lo que yo podía tolerar. Su cara había empezado a olvidarse por fin de que era su cara.

—¡Oh! —exclamó con alegría aquel ser que parecía mi marido cuando le serví la fruta troceada, y tendió la mano hacia el palillo clavado en una

porción—. De todas las frutas, la pera es la que más me gusta.

Hacía esa clase de comentarios desenfadados sobre todas las cosas. ¿Veía correctamente las líneas rectas? Yo lo miraba atemorizada, pero mi presunto marido asió hábilmente el palillo y se introdujo con toda naturalidad el trozo de pera en la boca, que estaba situada cerca de la barbilla. No parecía tener problema alguno con los dientes, y el sonido que producía al masticar la fruta dejaba constancia de lo buena que estaba.

—Vaya, ¿no vas a comer? —me preguntó mi presunto marido al verme allí en pie e inmóvil.

¿Qué actitud tomar? Sin embargo, en aquel momento no sería natural que le diera una negativa. Me senté a su lado y él, de la manera más oportuna, cogió el mando y se puso a zapear.

—¡Mira este anuncio! Ah, qué dulces recuerdos... —Era un anuncio que emitían a menudo en la época de nuestra boda y ahora aparecía como una pregunta en un concurso—. Solíamos cantarlo. ¿Te acuerdas? —Incliné la cabeza en vez de responder a mi presunto marido, que extendía la mano hacia el vaso de *whisky* con soda, y mordisqueé la pera—. Por cierto, ¿recuerdas que durante el viaje de novios te masqué la fruta?

—¿Ah, sí? —le respondí distraída.

—Pues claro que sí. Te acababan de colocar el aparato de ortodoncia y te molestaba al comer, te quejabas continuamente de que te dolía. En el hotel, pedí un surtido de fruta, la masqué toda y la escupí en el plato. ¿No te acuerdas?

—¿Me diste a comer algo que ya habías masticado?

—Así es, y tú te la comías sonriendo. —Escuchaba vagamente la voz de mi presunto marido, como si estuviera detrás de un muro de agua—. ¿Sabes? Tal vez por eso me siento cómodo contigo. Recuerdo que en aquella ocasión pensé: «Esta mujer se comería mi caca sin dejar de sonreír».

Esa noche fue la primera que no llevó el iPad al dormitorio desde que se había aficionado a aquel juego. Su mano se extendió por debajo de la sábana que me cubría, lo cual no pasaba desde hacía bastante tiempo. Pensé fingir que estaba dormida, pero, cuando él iba a encender la luz, detuve su mano sin darme cuenta. En la oscuridad, mi presunto marido me quitó sólo el pantalón del pijama. Al cabo de un rato, me horrorizó pensar si aquella cosa que se

movía encima de mí era mi marido o algo similar, así que permanecí con los ojos fuertemente cerrados. Entretanto, mi piel se iba ablandando poco a poco y mi cuerpo empezaba a relajarse, pero ni siquiera estaba segura de que fuese yo quien experimentaba esas sensaciones, y me pregunté si no sería aquello la bola de serpientes. A fin de superar la sensación de estar enroscada, cerré los ojos todavía con más fuerza. La separación entre nuestras epidermis entremezcladas estaba cada vez menos clara. Las fauces de mi marido transformado en serpiente me engullían por la cabeza y yo me contorsionaba como una loca intentando escapar de aquella membrana viscosa. Su cuerpo siguió siendo repugnante durante un rato, pero poco a poco se convirtió en un lugar agradable, y comprendí que le estaba haciendo comer afanosamente mi cuerpo. Él parecía devorarlo como si fuera una exquisitez, me transmitía su sabor y yo tenía la sensación de que me estaba saboreando a mí misma.

Después de la boda de Hasebo, cuando volvió la normalidad cotidiana sin novedades, me encontré de forma inesperada con la señora Kitae ante la caja registradora de mi droguería habitual.

—¡Hola! —exclamó ella al encontrarnos, en voz estentórea y risueña—. Tengo la sensación de que no nos veíamos desde hace mucho tiempo. ¿Cómo estás?

—Hola —la saludé azorada—. Estoy bien, gracias.

Por alguna razón, no podía mirarla directamente a los ojos y fijé la mirada en el suelo, donde se reflejaba la luz de los fluorescentes. Ella estaba detrás de mí en la cola y echó un vistazo al contenido de mi cesta.

—Ah, usas el mismo suavizante para la ropa que yo —me dijo, señalándolo con el dedo—. Es bueno, ¿verdad?

Entonces se dirigió con pasos briosos a la zona de los productos de cocina. No sin cierta vacilación, decidí esperarla en el exterior de la droguería. Los chirridos de las cigarras eran ensordecedores. Me entretuve comparando precios de distintas marcas de papel higiénico y, poco después, ella, cargada con voluminosas bolsas de la compra, cruzó la puerta automática. Enseguida reparó en mí y me miró de la cabeza a los pies, como si me estuviera inspeccionando.

—Qué morena estás, Sanchan.

—¿Usted cree?

—Desde luego. Claro que antes estabas blanca como una hoja de papel.

—Debe de ser porque en los últimos tiempos tengo que hacer muchas cosas fuera de casa.

Retrocedí instintivamente para quedar a la sombra de la marquesina.

—Ah, comprendo. Por eso no te veía nunca.

—¿Y usted qué tal está? —Tal vez me había creído, tal vez había pasado por alto mi excusa. Se había hecho un incómodo silencio, porque dudaba entre preguntarle por *Sansho* o no mencionarlo.

Pronto supe que su atención se concentraba en el dueño de la tienda de tatamis que estaba delante de la droguería. Echamos a andar.

—Ese hombre lo está pasando mal —me contó, un poco jadeante—. Su mujer está enferma y sube muy despacio por esta calle empinada. Yo misma he tenido que adaptar mis pasos a la cuesta. Por cierto, Sanchan, ¿dónde sueles hacer la compra?

—La compra... —repetí también un poco jadeante. Alcé la cara hacia el nuevo supermercado que está en lo alto de la cuesta. Iba allí porque tenía una gran variedad de productos y precios razonables.

—Ah, claro, era de imaginar —respondió ella, con cierta desilusión en su voz.

—¿No es un buen supermercado?

—No es que sea malo, pero... —Se interrumpió un momento y entonces siguió diciendo con una vehemencia demoledora—: Acaban de inaugurar ese súper y ya todo el mundo hace sus compras ahí. ¿No te parece una lástima prescindir del comercio de proximidad, de esas tiendas que retienen la esencia de Japón? —Mientras hablaba, levantó el brazo para saludar a la dependienta que estaba detrás del mostrador de la tintorería—. Sí, comprendo que es más cómodo pagarlo todo a la vez en una sola caja, aunque así se pierde el contacto humano —siguió murmurando.

Al cabo de un rato, me dijo que íbamos a descansar un poco y se detuvo a medio camino de la cuesta. Contempló a las personas que hacían cola ante un restaurante chino para comprar *obento* y sacó su habitual toallita para secarse el sudor.

—Dime, Sanchan, ¿vas a ir de compras ahora?

Hice un gesto de asentimiento. Precisamente, había salido de casa pensando en el menú de la cena.

—Pues acompáñame un momento.

—De acuerdo. ¿Quiere ir a la zona de las tiendas?

—Te presentaré en la carnicería y la verdulería.

Dobló la toallita y echó a andar, adelantando a un joven que empujaba una bicicleta.

—Así que finalmente han tomado la decisión de llevarlo a la montaña — musité, como si hablara conmigo misma.

—Hmm, hmm —respondió Senta con la boca tan llena de jamón que su voz sonaba rara, y yo no sabía si me estaba escuchando o no. Aunque le había asegurado que no había límite de tiempo, parecía querer ir en busca de más comida lo antes posible.

Por fin volvió Hakone, con una bandeja dividida en pequeños compartimientos que contenía un surtido de aperitivos. En cuanto estuvo sentada al lado de Senta, se puso a comer apresuradamente con una expresión seria.

—Este sitio no se parece en nada al autoservicio que frecuentamos Senta y yo —comentó Hakone, con una mano en la mejilla, mientras saboreaba las porciones de pescado y marisco marinados—. Aquí hay mucha más variedad de comida, como si te dijeran «A ver si eres capaz de quejarte». Estábamos convencidos de que en el otro sitio disfrutábamos del auténtico placer de un autoservicio, pero nos equivocábamos. Un buen restaurante compite con la cuidadosa selección de la comida y no con la cantidad, ¿no es cierto? —El camarero estaba al lado de nuestra mesa y le pedí otra botella de agua mineral—. Pero es demasiado, de veras. Además de la invitación del otro día, ahora nos traes a un autoservicio tan bueno.

—Se llama «bufé libre» —intervino Senta, sentado en el extremo de la mesa—. Tal como lo oyes: bufé libre.

—No tiene importancia. Un *obento* de mil yenes como muestra de agradecimiento por los setenta mil conseguidos... Y aún no le había expresado mi gratitud a Senta.

Hakone, con la cabeza gacha, musitó de nuevo que era demasiado y alzó

el plato de potaje frío primorosamente decorado.

—¿Sabes, Sanchan? —dijo Senta—. Anoche nos saltamos la cena para venir aquí bien preparados.

Asentí sin prestarle atención mientras tomaba el agua mineral helada que acababan de servirme. Al recordar que mi hermano se había quejado de que, cuando iban a un restaurante, su novia no lo dejaba comer hasta hartarse, les había invitado a almorzar en un hotel.

Su caso es diferente del mío. Mi marido me pasa una cantidad mensual para los gastos domésticos. Ellos, que todavía no están casados, tienen una cuenta única. Hakone lo controla absolutamente todo y, como tiene un concepto de la economía bastante sólido, al parecer, antes de ir a un restaurante, siempre hace comer a Senta un cuenco de arroz blanco. Ahora es Hakone quien sostiene la economía doméstica, por lo que Senta ha de inclinar la cabeza ante ella.

—Por cierto, ¿no conocéis una montaña adecuada? —les pregunté.

Saqué de la salsera plateada una porción de salsa de curri y la vertí sobre el arroz azafranado. El filete a la Stroganoff me había hecho titubear bastante, pero al final no pude sustraerme a la tentación de un curri muy oscuro y apetitoso.

—¿Montaña, has dicho? ¿Te refieres a la montaña adonde iremos en esa caravana?

—No, ésa no. Se trata de otra montaña.

—Sanchan dice que van a abandonar un gato.

Al escuchar las palabras de Senta, Hakone alzó la cara.

—¿Cómo? No me digas. ¿Vais a abandonar a *Zoromi*?

—No, no es *Zoromi*, sino el gato de una conocida.

—Ah, bueno, me había sobresaltado, creyendo que era vuestro gato.

Mientras me servía el curri, le expliqué la situación en pocas palabras.

—Ese gato ha empezado a hacer pipí por toda la casa y su dueña me ha contado que no tiene remedio. Ella y su marido han soportado el problema durante más de un año, hasta que han decidido dejarlo suelto en la montaña.

—«Dejarlo suelto», menudo eufemismo —apuntó Senta en voz baja—. ¿No le has explicado a tu conocida cómo se llama lo que va a hacer?

—Ya lo sabe, no es necesario que se lo recuerde —Precisamente por eso,

la señora Kitae no ha querido desprenderse de él este verano—. Ella y su marido han acordado que cuando haga menos calor soltarán al gato.

Cruzó por mi mente la imagen de la señora Kitae cuando, mientras regresábamos tras haber hecho las compras en las tiendas que ella frecuenta, inclinó la cabeza y me pidió que los acompañara a alguna montaña. Exhalé un suspiro.

—Qué penoso es tener un problema irresoluble.

Tal vez mi marido estuviera enganchado al juego como una forma de rehuir esa clase de problemas.

Senta, que había dejado limpio su plato, se puso en pie y nos informó de que iba en busca de un filete de pato. Hakone, callada, siguió enrollando con el tenedor, alternativamente, sus espaguetis carbonara y *pescatore*.

—¿Senta también es así en casa? —le pregunté, tratando de recordar cómo era mi hermano cuando vivíamos con nuestros padres.

—Pues..., hmm, puede que sea así.

Hakone inclinó la cabeza. Tal vez no había entendido mi pregunta. Al fin y al cabo, sin duda, a Senta no se le había distorsionado la cara, como le sucedía a mi marido.

—Se nota que es un hombre sin preocupaciones —añadí.

Ella hizo un profundo gesto de asentimiento.

—Tienes razón y, sin embargo, en sus guiones de cine aparece demasiada gente con preocupaciones. Eso me hace reír, ¿sabes? En casa Senta siempre tiene que comer col para llenar el estómago. Termina enseguida la comida principal, así que le pongo mucha guarnición de col para que sea más voluminosa. Creo que debería hacer una película sobre coles. Sería mucho más divertida que las que hace, ¿no crees?

—Hmm —repliqué, y dirigí la mirada hacia mi hermano, que estaba junto a las bandejas plateadas de comida—. Desde luego, podría ser divertida.

Senta repitió dos veces más, comió con glotonería y dijo que la mezcla de arroz con curri y filete a la Stroganoff no estaba nada mal. Hakone había traído un plato lleno de pastelillos y él lamentó tener que dejar más de la mitad.

Pagué la cuenta, salimos del restaurante y, en la entrada del hotel, los dos me dieron las gracias e inclinaron las cabezas al mismo tiempo, como si

fuesen subalternos.

Nos separamos, y todavía nos estábamos saludando, agitando los brazos, cuando Senta corrió hacia mí.

—Oye, Sanchan, esa montaña de la que hablaste antes... ¿Qué te parece Gunma?

—¿Gunma?

—Sí, un día fui allá para ayudar a un conocido en una filmación y recuerdo unas montañas bastante intactas que debían de ser ideales para la vida animal.

—¿Ah, sí? Es interesante.

—Si quieres, luego te envío la dirección.

—Hazlo, por favor.

Senta no dijo más. Dio media vuelta y echó a correr hacia la estación.

Al quedarme sola di un paseo por la ciudad e hice unas compras. Cuando volví a casa, los zapatos de piel de mi marido estaban en el recibidor. Me extrañó, pues todavía no eran las cuatro de la tarde, y me pregunté si ya habría vuelto de la oficina.

—¡Ya estoy aquí! —anuncié, alzando la voz, pero no hubo respuesta.

Dejé las bolsas de compras en el pasillo y entré en la sala de estar. Sobre la superficie de vidrio de la mesa había un táper vacío y con la tapa abierta que contenía *kinpira* con *shishito*. Él lo había preparado para que pudiéramos comerlo en cualquier momento. Lo cogí, junto con los palillos que estaban al lado, y lo deposité en el fregadero de la cocina. Entonces, salí de nuevo al pasillo. El pantalón del traje y la camisa estaban tirados en el suelo y todavía delineaban una forma humana.

—¿Estás de vuelta? —pregunté, anunciando de nuevo mi presencia.

Recogí la ropa y llamé a la puerta de la habitación de mi marido. La abrí y *Zoromi*, que estaba hecho un ovillo sobre la mesa de despacho, se irguió y estiró al verme, extendiendo las patas hacia adelante. Seguramente, él lo había encerrado allí. Maullando de un modo lisonjero, se acercó a mi pierna. Colgué las prendas de vestir y me dirigí al dormitorio en compañía del gato. Allí mi marido, en camiseta y pantalón de chándal, la espalda apoyada en la cabecera de la cama, se entretenía con su juego de costumbre. Aunque era de

día, había corrido la cortina sin dejar ningún resquicio.

—¿Es que hoy no trabajas? —inquirí, perpleja. Si estaba en casa, ¿por qué no me había respondido?

—Últimamente me siento un poco apagado —replicó sin interrumpir el juego, con una voz tan débil que casi la engullía el tintineo de las monedas.

—¿Y si fueras al médico? —le sugerí mientras recogía los calcetines tirados al lado de la cama. Pero enseguida rectifiqué mi idea, pues era evidente que su estado físico no era tan preocupante como para ir al médico.

—Dime, Sanchan, ¿qué harías si me muriese?

Yo iba hacia la ventana para descorrer la cortina. Me detuve, sobresaltada, y me volví hacia él.

—¿Qué dices ahora, de repente?

—El otro día Uwano me hizo una confidencia. Su mujer siente un profundo cariño por el perro, al que han tenido que hacer una operación, y me confesó que, si el animal moría, ella lo sentiría más que si muriese el mismo Uwano.

Traté de recordar el rostro de Uwano, parecido a la cara rojo intenso de un macaco japonés. Qué penosa era aquella anécdota.

—Contra lo que cabría esperar, te lo tomarías con calma, ¿eh, Sanchan?

Sin responderle, descorrí vigorosamente la cortina. La luz del sol penetró de golpe a través del cristal de la ventana. Debido al polvo que se alzaba de la ropa de cama y a la intensa luz, perdí la oportunidad de examinar la cara de mi marido, que se había vuelto sólo un instante hacia mí.

—Es posible que mi aplanamiento se deba al calor del verano.

Había vuelto a mirar la pantalla del juego y yo repetí sus palabras.

—Es posible que tu aplanamiento se deba al calor del verano.

—¿Me pondría bien si comiera algo delicioso?

—Tal vez te pondrías bien si comieras algo delicioso —repetí, y salí del dormitorio, en cuya atmósfera flotaba el olor de mi marido.

Sin embargo, no se produjo ninguna mejoría en su estado. Más bien, cada día que pasaba, el mal color de su cara se acentuaba. Iba a la oficina, desde luego, pero parecía no dormir bien, había perdido su buen apetito y estaba más delgado. El médico sugirió que quizá le hubiera afectado el calor del

verano, aunque no le dio ninguna seguridad de que ésa fuese la causa. Una y otra vez intentaba que dejara aquel juego, y él replicaba que, si hiciera tal cosa, se pondría peor, y seguía acumulando monedas con ese tintineo incesante, como un poseso.

La señora Kitae tiró de la lengüeta de su lata de café.

—Eso es un sutra —afirmó.

—¿Un sutra? ¿Ese juego? —Deslicé el trasero en el banco porque me molestaba la humedad causada por la lluvia de la noche anterior.

—Así es. Quiere erradicar de su cabeza todo lo desagradable. Por eso ni un solo momento deja de pulsar los botones, como si recitara un sutra.

Parece el cuento de Hoichi el Desorejado. Se lo dije a la señora Kitae y ella se quedó pensativa un momento, hasta que hizo un gesto afirmativo.

—Es un caso muy distinto, pero podría ser. También es posible que esté huyendo desesperadamente de una tentación.

—Una tentación —repetí, sorprendida.

—Sí, una tentación. ¿No tienes idea de qué podría ser?

Lo único que acudía a mi mente al escuchar esa palabra era el asunto de su exmujer. Después de aquello, mi marido no volvió a mencionarla jamás y yo tenía la sensación infundada de que habían dejado de relacionarse por completo, pero ¿qué había ocurrido en realidad?

La señora Kitae siguió con la mirada a los perros que retozaban y suspiró.

—Si no me encontrara en esta situación, te ayudaría todo lo que pudiera —me dijo y, entonces, se disculpó por cuarta vez aquel día—. Perdona, Sanchan. También tú estás pasando por unos momentos difíciles.

Estábamos estudiando cuál sería la fecha apropiada para abandonar a *Sansho*.

Cada domingo, la señora Kitae aplazaba la fecha, arguyendo que esperaría a que refrescara un poco más. Aunque el estado del gato la empujaba inexorablemente a un callejón sin salida. El hedor se escapaba del interior de la vivienda y los vecinos se habían quejado.

—Así que será en Gunma, ¿verdad? —continuó la muy demacrada señora Kitae, como si ella misma se diera ánimos.

—Sí, nunca he estado allí, pero, por lo que he visto en Internet, parece ser

que habita una fauna variada.

—¿Crees que habrá osos?

—Puede que sí. Es una montaña.

—Lo siento —se disculpó, y volvió a exhalar un profundo suspiro—. Perdona que esté así después del esfuerzo que has hecho por encontrar un lugar adecuado. —Tal vez porque a aquella hora de la tarde refrescaba, había más perros. La señora Kitae guardaba silencio y yo iba tomando sorbos del café, que ya no estaba frío, mientras contemplaba a los perros. Se oían las voces risueñas de los niños. Entonces, murmuró de repente—: ¿Sabes? Me da qué pensar cómo la felicidad empieza a venirse abajo por tan poca cosa. Aunque, claro, cuando decidí cuidar de *Sansho*, no podía imaginar que ocurriría algo así. Sólo quería vivir con un marido y un gato, eso era todo lo que deseaba, y creía que era suficiente para ser feliz en la vida, pero ya ves, basta con el pipí del gato para que... Eso le da a una mucho que pensar.

Repitió «Basta con el pipí del gato». Un perro había empezado a ladrar y uno de los dueños que conversaba de pie con otro señaló en la dirección que indicaba el morro del perro.

—¡Es una libélula! ¡Una libélula!

Finalmente, la señora Kitae alzó la cabeza.

—Quizás sería mejor que también yo me aficionara a alguno de esos juegos —musitó, en un tono que persistió de un modo desagradable en mis oídos. No parecía decirlo en broma.

Al despedirme de la señora Kitae, salí del edificio a fin de hacer la compra para la cena. Después de que ella me lo hubiera recomendado, yo me había convertido asimismo en una asidua del comercio de proximidad. Las tiendas son más caras que el supermercado y es más pesado pagar en cada una de ellas, pero, de todos modos, creo que esa sensación de emplear más tiempo y esfuerzo dota de profundidad a la vida monótona que llevo. Tener un sentido firme de la realidad es bastante difícil para un ama de casa como yo, sin hijos ni una ocupación fuera del hogar, y sin unos objetivos concretos. Mi vida no se diferencia de estar exiliada en una isla. En esta existencia sin fisuras dispongo de mucho tiempo para pensar en trivialidades, hay árboles que dan fruta y puedo jugar con los animales todo cuando quiera, es decir, se trata de

una isla de la clase paradisiaca. Sin embargo, a veces experimento una profunda nostalgia del lugar donde estuve. Al comienzo de mi matrimonio, creía que, si las cosas seguían como estaban, acabaría por no servir para nada y, a menudo, me planteaba en serio huir de la isla. Pero de inmediato me recordaba las rebatiñas por los frutos y las desavenencias con otras personas. Al final, no pude encontrar motivos suficientes para abandonar este paraíso y he aceptado seguir habitando frívolamente en él, separada de los demás.

Al doblar la esquina donde hay una floristería, me llamó la atención una verdolaga con flores de vivo color. Ya estábamos en septiembre y las flores y plantas alineadas delante de la tienda empezaban a anunciar el otoño. De un modo extraño, la palabra «tentación», que antes había utilizado la señora Kitae, resurgió cautivadora en mi mente, y musité «Tentación, ¿eh?». Desde hace algún tiempo, como siempre veo a mi marido con sus facciones asimétricas, nunca evoco esa palabra. Mientras escogía tomates en la verdulería, reunía las imágenes que tengo de su exmujer, a la que sólo he visto en fotografía, e intentaba imaginar una escena en la que ella lo excitaba, pero, entonces, la cara de mi marido se distorsionaba y no tenía en absoluto la sensación de pasar por un momento crítico. En vez de preocuparme por la probable reconciliación de mi marido y su exmujer, me afectaba más imaginar que algún día también yo estaré triste por la muerte de mi mascota, como le había ocurrido a la mujer de Uwano.

Buscaba un nabo de forma bonita entre los que había en una caja de cartón cuando un niño de siete u ocho años pasó por mi lado y se dirigió al tendero.

—Tenga, señor —y le tendió un papelito y un billete de mil yenes.

—Muy bien —replicó el hombre—. La compra de hoy, ¿verdad? Todos los días haces los recados. Qué buen chico eres.

Tras recibir la bolsa con las verduras y el cambio, el niño se marchó con cara de vinagre.

Claro, pensé, sorprendida, la compra puede hacerse de esa manera. Mi mirada se encontró con la del tendero y, como no sabía qué decir, le pedí *nukazuke*.

¿No es posible que quien tiene a mi marido no sea su exmujer ni ninguna otra, sino una voz que le susurre que no tiene necesidad de seguir conservando la forma humana y lo induzca a prescindir de ella? Este

pensamiento me sobresaltó mientras observaba la gorra de béisbol del tendero, que estaba acuclillado.

—Aquí tiene, junto con este medio nabo de regalo —me dijo al levantarse con la bolsa en la mano.

El olor ácido del *nukazuke* me invadió por la nariz.

Cuando llegué a casa, mi marido estaba friendo algo en la cocina. Durante nuestro noviazgo, él no cocinó ni una sola vez y tampoco lo había hecho después de casarnos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté alarmada.

—Estaba mirando en la tele cómo lo hacían y de repente me han entrado ganas de probarlo —replicó sin mirarme. Últimamente, siempre estaba durmiendo y yo me preguntaba si su estado de salud ya había vuelto a la normalidad.

—Vaya, veo que has comprendido bien la manera de hacerlo —le comenté, mirando sus manos. Estaba en pie ante los fogones y al lado tenía un termómetro nuevo, una bandeja provista de una rejilla para escurrir el aceite de la comida después de freírla y otros utensilios en desorden.

—Como no sabía dónde las tenemos, primero he ido al súper a comprar las cosas necesarias —me explicó, como si eso fuese de lo más normal.

—¿Y tu trabajo?

—He salido antes de la hora habitual.

—Ya.

Fingiendo que no me importaba, coloqué los alimentos que había comprado en el frigorífico y la estantería de la cocina. ¿Qué habría pasado con el sutra, con la tentación? Estaba a punto de planteárselo, pero entre la crepitación del aceite que saltaba y el ruido del ventilador, que lo rodeaban como la muralla de un castillo, no tuve ocasión de hacerlo.

—Siéntate, Sanchan —me ordenó, como si le molestara que me moviese a su alrededor—. Ésta es la noche de las frituras.

Por su tono se habría dicho que estaba afectando negativamente a su estado de ánimo.

Me senté en el sofá donde mi marido permanecía siempre como pegado. Durante un rato acaricié el pelaje de *Zoromi*, que me había seguido, pero no

podía serenarme. De vez en cuando, le decía algo: «¿Sabes dónde está el papel de cocina?», «La rejilla y el plato del microondas van bien para escurrir el aceite». Entonces vino hacia mí y depositó un vaso de *whisky* con soda sobre la mesita baja.

—¿Por qué no miras la tele mientras te tomas una copa?

Mientras hablaba, cogió el mando a distancia y puso el programa de variedades que estaba grabando.

Esta sugerencia me dejó sin palabras, así que le obedecí y, sentada en el sofá, fui tomando sorbos de *whisky*, que ni siquiera me gustaba. Intenté concentrarme en el programa de la tele, pero no entendía en absoluto qué interés podía tener aquello.

—Bueno, ya está listo —anunció mi marido una media hora después.

Sobre la mesa había un plato grande con un montón de frituras. El *nukazuke* que yo había comprado estaba cortado a imitación de lo que él había visto hacer, y había dos vasos vacíos y los platillos con la soja sazonada. No faltaban el salero, el plato de salsa y el limón.

—Vamos, Sanchan, al ataque.

Apremiada por mi marido, me senté en una silla y cogí los palillos. Él tomó asiento a mi lado, tiró ágilmente de la lengüeta de la lata y vertió la cerveza en los vasos.

—Dime, ¿a qué viene todo esto? —le pregunté un tanto inquieta mientras cogía el vaso.

—No está mal que de vez en cuando también yo haga algo. —Se sirvió cerveza y alzó el vaso—. Salud —dijo, y bebió con avidez, moviendo de arriba abajo la nuez de Adán, como si estuviera tomando algo delicioso. Con aquella manera de beber, daba la impresión de que su cuerpo absorbía la cerveza.

—Salud —repliqué, y lo acompañé tomando un trago. El sabor amargo y el alcohol se conjuntaban bien al expandirse por la boca y me producían una sensación agradable.

—Recién frito está más bueno.

No sin recelo, extendí los palillos hacia el gran plato con el montón de frituras. Eran un poco deformes, aunque la masa del rebozado estaba bien dorada. El olor que se propagaba por la sala y el sonido crepitante

estimulaban mi apetito, así que puse un poco de sal en una fritura y me la llevé a la boca. Estaba deliciosa. No tenía la seguridad de que estuviera bien hecha por dentro, pero la textura de los ingredientes era exquisita y, al masticarla, producía un agradable sonido crujiente.

—¿Dónde has aprendido? —le pregunté con los ojos como platos y contorsionando la boca para no quemarme.

—Naturalmente, es la primera vez que lo hago —respondió moviendo también la boca para no quemarse.

—Así que vuelves a tener apetito, ¿eh?

Desde hacía bastante tiempo no comía con fruición. Él se limitó a asentir mientras extendía los palillos hacia la segunda fritura. Quería preguntarle muchas otras cosas, pero no me daba tregua.

—Vamos, hay que tomarlas recién hechas.

Yo seguía atiborrándome de frituras y casi superaba a mi marido. Los ingredientes eran cebolla, calamar, gamba, pollo, boniato, todo riquísimo. Mientras seguíamos comiendo, cambiando de sabores por medio de la salsa y el limón, la montaña de frituras que habíamos creído imposible de terminar se iba reduciendo con rapidez. Engullíamos en silencio y tomábamos cerveza. La verdad es que hacía mucho tiempo que no bebíamos tanto.

—Te has recuperado, ¿verdad? —le pregunté cuando ya me sentía bastante llena y mi tono traicionaba mi incipiente embriaguez. Sabía que tenía los ojos un poco enrojecidos.

Mi marido había dejado de usar los palillos. Cogía las frituras con los dedos y masticaba en silencio.

—Dime, ¿cuál era la causa de tu malestar? El calor del verano no tiene nada que ver, ¿no es cierto?

Él ladeó la cabeza, como si pensara en lo que le había ocurrido. Sin darme cuenta, me había tranquilizado hasta el punto de soltar una risita.

—Por cierto, hoy he hablado de ese juego con la señora Kitae y me ha planteado si no se trataría de alguna tentación.

—¿Qué es lo que me tienta?

—No ha llegado hasta ahí, pero parece ser que mi preocupación era exagerada —repliqué.

Volví a reírme, aunque enseguida recobré la seriedad, pues me di cuenta

de que él, sentado junto a mí, no reía a su vez.

—Estás del todo bien, ¿no? —volví a preguntarle.

Él no respondió y siguió comiendo las frituras en silencio, los ojos muy abiertos fijos en el plato. Mientras contemplaba su perfil inexpresivo y tomaba a pequeños sorbos la cerveza restante, me di cuenta de que desde hacía largo tiempo no le miraba la cara de frente.

—A lo mejor abro una tienda de frituras —musitó él, lamiéndose los dedos pringosos de aceite. Era una voz parecida a la de mi marido y, al mismo tiempo, la de una persona completamente desconocida.

Sin percatarme de lo que hacía, tomé otro trago de cerveza que, de repente, no me supo a nada.

De regreso a casa al anochecer, tras haber visitado el nuevo piso de Hasebo, mi marido, que al parecer había vuelto a salir muy pronto de la oficina, estaba en pie ante la sartén llena de aceite con los largos palillos de guisar en la mano.

—Por lo menos podrías abrir la ventana.

La atmósfera de la sala se había vuelto extraña, sofocante, debido al calor de las frituras. Mi marido miraba el interior de la sartén como si allí viera a la madre de la que se había separado para siempre. Por fin, el pitido del mando a distancia del aire acondicionado lo hizo reaccionar.

—Ah, hola, Sanchan —me dijo en un tono algo hueco, como si la mitad de su mente estuviera todavía dentro de un sueño.

Sobre la mesa de la cocina había una bandeja con un montón de ingredientes rebozados para freír. ¿Otra vez íbamos a cenar aquello? Tan sólo imaginarlo bastaba para hacerme notar que las frituras engullidas la noche anterior me subían de golpe a la garganta.

En realidad, el esófago y el estómago me pedían que me abstuviera porque no podían más. Pero ¿qué iba yo a hacer si el enfermo decía que cuando cocinaba las frituras era el único momento en que se sentía bien? Al fin y al cabo, todo lo que había hecho era sustituir el juego de las monedas por las frituras, si bien su malestar seguía como antes, sin ningún cambio.

—Aquí tienes. —Hizo que me sentara en el sofá y me tendió un vaso de *whisky* con soda y hielo.

No podía confesar que su actividad me pasmaba, así que tomé un sorbo y miré distraída el programa de variedades. Una vez más, no era en absoluto divertido. Al cabo de un rato, el sonido de freír que me llegaba desde la cocina se solapaba con las voces chillonas del programa y semejaba una bruma que me envolviera la cabeza. Me costaba levantarme del sofá, como si mi trasero hubiera echado raíces, pero él me hizo ir a la mesa del comedor.

—Dime, Sanchan, ¿adónde has ido hoy? —me preguntó con desenfado mientras vertía cerveza en un vaso.

Tuve la sensación de que era una pregunta propia de la mujer que ha estado esperando la llegada de su marido.

—A la inauguración de la nueva casa de Hasebo —me limité a responderle.

Creí captar un monosílabo a mi lado, pero quizá ni tan siquiera era una afirmación, y pareció como si él fuese a quedarse mirándome con fijeza. Notaba a mi izquierda una presencia que me incomodaba y, para librarme de ella, tomé los palillos. El vaso de cerveza estaba coronado por la capa apropiada de espuma, y me humedecí los labios con ella. Tal como mi marido me había instado a hacer, cogí una fritura. No había arroz blanco ni sopa de miso. Todo su interés se concentraba en freír, sin preocuparse de nada más. Ah, ésta es de brote de bambú. Ah, ésta, de ñame y salmón. Mi marido me iba informando en un tono alegre. Aquel día probaba un estilo ligero, con salsa de *ponzu*. Según él, no andaba bien del estómago y, desde hacía algún tiempo, no ingería casi nada y me hacía comer a mí sola. Aunque estaba ahíta, seguía tragando. Y lo cierto es que, en cuanto introducía el alimento en mi boca, me entraba un apetito asombrosamente voraz y extendía los palillos hacia la siguiente fritura antes de engullir la que estaba masticando. Sin duda, mi organismo empezaba a acostumbrarse al aceite. Incapaz de detenerme, engullía una fritura tras otra. Al hacerlas bajar con la cerveza, mi interior se caldeaba agradablemente y la voracidad iba en aumento. Absorta en la comida, no podía pensar en nada más.

—Me alegro de que te estés pareciendo a mí —observó él mientras me servía cerveza. Su comentario me sorprendió, pero, como tenía la boca llena, no pude replicar.

Estaba bebiendo, desconcertada, cuando él me anunció que la siguiente

fritura tenía sabor a *yuzu* y pimienta. Intenté tragar la que tenía en la boca y, mientras masticaba con ganas, olvidé lo que mi marido había afirmado y lo que yo quería responderle.

Tenía el estómago lleno cuando él me tiró de la mano para llevarme al sofá, desde donde vimos juntos el programa de variedades.

—Qué bien se está contigo, Sanchan —me dijo.

—Sí, ¿verdad? —repliqué, sin pensarlo ni un momento.

Por la mañana, cuando me miré en el espejo, parecía como si mi cara hubiera empezado a olvidarse de mí. Seguramente, aquel día mis facciones relajaban su vigilancia. Al verme reflejada en el espejo, se apresuraron a reunirse y trataron de colocarse en su posición habitual, pero no la recordaban con exactitud y, al final, quedaron un poco desdibujadas.

Volví a examinar mi cara con detenimiento en el espejo. Los ojos estaban algo más separados de lo normal y, en general, mi cara tenía una rara expresión de estupidez. Poco a poco se estaba aproximando a la de mi marido. Me la lavé con brío varias veces, tratando de hacerla retornar a su aspecto anterior, y luego la embadurné con una crema solar muy potente. Mientras lo hacía, una voz interior me susurraba que no valía la pena el esfuerzo por cuidar de una cara de facciones tan vagas, pero conseguí desentenderme de ella y salí de casa poco antes de la hora fijada para el encuentro. Subí la rampa del *parking* subterráneo y, junto a la salida, tal como habíamos quedado, me estaban esperando la señora Kitae y su marido. Bajé del coche y los saludé con una inclinación de cabeza.

—¿Qué tal va todo? Estoy deseando ayudarles.

Apenas pronunciada esta última frase, me pareció impropio, pero no se me había ocurrido otra cosa. Al marido de la señora Kitae también debía de sucederle lo mismo, pues inclinó la cabeza con mucha más formalidad que yo.

—Muchas gracias por tu ayuda —respondió.

Del hombro de la señora Kitae, que estaba a su lado, le pendía una bolsa en cuyo interior estaba el gato. La sujetaba con ambos brazos como si fuese un bebé. Visto de cerca, el marido era más bajo de lo que cabía suponer y, al igual que ella, el color de su cabello había desaparecido por completo. Como

vestía totalmente de blanco, parecía una estatua de Jizo sin santuario, en medio del camino de una aldea.

—Sanchan, te presento a Arai, mi marido —dijo la señora Kitae—. Ésta es mi amiga Sanchan —explicó a su marido con cierta brusquedad—. Ha tenido gatos desde niña y sabe de ellos más que nosotros. Si lo dejamos en sus manos, podemos estar tranquilos de veras, Arai.

Entonces, acercó la cara a la ventanita cubierta con una malla de la bolsa para transportar mascotas.

—Y tú no tengas miedo, ¿de acuerdo, *Sansho*? Sanchan te ha encontrado una buena montaña.

Sin darme cuenta siquiera, había contraído una responsabilidad tan grande, y me sentí desconcertada mientras les indicaba que subieran a los asientos traseros.

—Bueno, vamos allá —dije tras introducir en el GPS la dirección del Hogar Natural de la Juventud en la prefectura de Gunma que me había proporcionado Senta. El dispositivo me indicó que el lugar de destino se encontraba a dos horas y media—. Ah, no está muy lejos.

La señora Kitae se inclinó adelante para mirar la pantalla del GPS.

—En ese caso, cuando tengamos necesidad de verlo, podremos ir allá —comentó.

Yo no sabía si podrían hacerlo con tanta facilidad. Eran cinco horas de viaje entre ida y vuelta. Esperaba que el señor Arai respondiera algo, aunque, como no abría la boca, fingí que no me había enterado. En cuanto nos pusimos en marcha, se oyó un ligero maullido de *Sansho*, y también fingí no haberlo oído.

Llevábamos un rato circulando por la autopista de Joushinetsu cuando empezó a verse la cadena de montañas. En el cielo alto y azul profundo de un espléndido día otoñal, sus siluetas se perfilaban con nitidez, cada vez más cercanas. El paisaje era tan bello que, de no encontrarnos en aquella situación, habríamos podido aplaudir. Tomé la carretera secundaria y avancé hacia las montañas siguiendo las instrucciones del GPS. Poco a poco la distancia se iba haciendo mayor entre las zonas edificadas, hasta que empezó a haber grandes intervalos entre una casa y otra y, al final, desaparecieron por

completo. Las curvas cerradas se sucedían. Llegamos a un camino de montaña en el que podrían aparecer animales salvajes por uno u otro lado. El GPS indicaba que el Hogar Natural de la Juventud estaba más adelante, pero encontramos un sendero de grava y avanzamos por él. Nada más subir al coche, la señora Kitae me había pedido permiso para abrir la bolsa. Probablemente, había estado acariciando a *Sansho* durante todo el trayecto, y le hablaba sin cesar.

—¿Qué te parece? —le preguntó—. Ya estamos en la montaña.

Cuando el camino de grava cedió el paso a una estrecha senda de animales salvajes, detuve el coche. Al parecer, aquella senda no estaba reconocida como transitable y una flecha roja en la pantalla del GPS indicaba que debíamos dar la vuelta de inmediato.

—Hemos llegado —anuncié tímidamente para romper el hielo, ya que ninguno de los dos reaccionaba. No sabía si parar el motor o no.

—Oye, dice que hemos llegado —le susurró el señor Arai a su esposa, apremiándola para que se apeara.

—Está bien —respondió ella, pero no se movía, tenía la cabeza gacha y rodeaba a *Sansho* con los brazos.

Me volví hacia el señor Arai.

—¿Es diferente de lo que esperaba? —le pregunté en voz baja.

Él sonrió con los ojos entrecerrados e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Vamos, Kitae. Fuiste tú quien tomó la decisión. Ya que estamos aquí, no hay vuelta atrás.

—Sí, sí —musitó ella, sin alzar la cabeza.

—Echaré un vistazo por los alrededores —les dije—. Enseguida vuelvo.

Y me dispuse a bajar del coche. En cuanto abrí la portezuela, el aire fresco de la montaña envolvió mi cuerpo y, espontáneamente, aspiré hondo por la nariz. Era un aire que humedecía la piel. Me até bien los cordones de las zapatillas deportivas.

Recorrí a pie un nuevo trecho del camino que habíamos seguido hasta aquel lugar.

Aquí y allá se oían los trinos de los pájaros. Debían de cantar en las frondosas copas de los árboles, pero, por mucho que aguzara el oído, no

podía determinar su dirección. Aunque habíamos previsto que el tiempo otoñal en la montaña sería fresco, lo cierto era que casi tiritábamos de frío porque la luz del sol no penetraba a través de las copas de los árboles. La vegetación era muy densa y, entre las plantas, distinguí genciana y salvia. Notaba los calcetines un poco mojados, sin duda, por el rocío depositado en las hojas que había tocado, y me volví hacia el lugar donde estaba el coche. Al parecer, en su interior, el marido de la señora Kitae hacía todo lo posible por apaciguarla. Desde la distancia a la que me encontraba, la escena no se veía con claridad, pero sí que ella seguía con la cabeza gacha y abrazaba a *Sansho*, mientras el señor Arai movía la suya, como si le estuviera diciendo algo.

En el fondo, yo esperaba que fuéramos a regresar sin haber hecho nada. Antes de emprender el viaje, había pensado en la imposibilidad de que *Sansho* pudiera sobrevivir en la montaña y, ahora que me encontraba en ella, ese pensamiento se había transformado en una convicción firme. Abandonar al gato en el recinto de un santuario shintoísta habría sido mejor, pero la señora Kitae lo descartó porque, según ella, «donde va la gente, hay coches y podrían atropellarlo». Me había contado que de niña presenció en su barrio el atropello de un gato cuando cruzaba la calle. El pobre animal quedó aplastado. Al escucharle decir tantas veces que en la montaña estaría bien, poco a poco fui convenciéndome de que allí *Sansho* podría salir adelante. Finalmente, no era así. No podía ser así. ¿Cómo iba a sobrevivir un gato en la montaña? ¿No sería la montaña más apropiada para mi marido que para *Sansho*? Esto último se me ocurrió al recordar cómo se movía, como si hubiera vuelto a la vida, en el Machu Picchu.

Regresé despacio al coche, avanzando con cuidado entre los árboles para no caerme, y vi que la señora Kitae estaba sentada junto a un tocón con la bolsa del gato en las rodillas. Pensé que el señor Arai debía de haberla persuadido.

—¿Cómo está *Sansho*? —le pregunté.

—Parece mentira, pero *Sansho* está muy tranquilo. —Abrió la cremallera de la bolsa y alzó la tela de nailon que cubría la parte superior—. ¡*Sansho*! —El gato asomó la cabeza y movió el hocico—. Estamos en la montaña, ¿sabes? Ésta va a ser tu nueva casa. Aquí podrás hacer pipí donde te apetezca.

Tendrás libertad absoluta. Qué bien, ¿verdad?, *Sansho*, cariño.

El gato movía la cabeza y los ojos con cautela, y poco a poco sacó medio cuerpo de la bolsa, como si se hubiera puesto en pie dentro de ésta.

Creí que iba a escaparse, pero la señora Kitae metió con fuerza en el acto su cabeza dentro de la bolsa.

—Oh, no, no, no —decía en tono quejumbroso, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro, las lágrimas a punto de deslizarse por sus mejillas.

«En fin, volvamos a casa con él», estuve en un tris de proponerle. Me contuve porque decirles eso habría sido fácil, pero ¿qué harían después?

Momentos después, el menudo señor Arai regresó tras haber examinado el entorno. Al ver a su mujer acucillada en un tocón y yo a su lado como una estaca, pareció captar de inmediato lo que ocurría.

—Déjalo en mis manos, Kitae, yo me encargo de abandonarlo —sugirió con calma, como si le ofreciera su ayuda para fregar los platos.

—¿Te das cuenta, Arai? —replicó ella con la mirada fija en la grava a sus pies—. Acabas de decir que vas a abandonarlo.

Había hablado con una voz tan débil que nadie habría imaginado al oírla cómo era realmente aquella mujer. Tras decir esas palabras, su energía pareció haberse agotado, y se limitaba a emitir un sonido plañidero.

El señor Arai asió la bolsa que su mujer tenía en el regazo y la levantó con cuidado. Yo seguía en pie como una estaca.

—Bueno, enseguida vuelvo —me prometió.

—De acuerdo —contesté, y entonces añadí—: Lo acompaño.

Una fugaz expresión de incredulidad apareció en su rostro, y se quedó un momento contemplando la coronilla de su esposa.

—No te preocupes por mí —musitó ella con la cabeza baja—. Id los dos. Para eso hemos venido, Sanchan.

El señor Arai hizo un ligero gesto de asentimiento.

—Bien —respondió, y echó a andar hacia la espesura.

Me había distanciado un poco de la señora Kitae cuando oí a mis espaldas los «ah» que emitía, en un tono indeciso, a medio camino entre la risa y el enojo.

El señor Arai ascendía rápidamente por el sendero de montaña. Del hombro

le pendía la bolsa de *Sansho*, que debía de pesar unos cinco kilos como mínimo, pero sus pasos eran tan ligeros como si estuviera dando un paseo. Yo cargaba con la mochila que la señora Kitae había metido en el maletero del coche y me esforzaba al máximo por seguirlo de cerca. Debido al peso, boqueaba en busca de oxígeno como un pez que sacara la cabeza fuera del agua.

A cada paso que daba, las suelas de mis zapatillas deportivas se hundían en la tierra blanda. Cuanto más nos internábamos en la espesura, tanto mayor era la concentración de oxígeno, y se notaba la respiración de los árboles, de la tierra y de cuanto a ella retorna. Estaba absorta en los sonidos de los insectos cuando el señor Arai, que avanzaba por delante de mí, volvió la cabeza como un animal, a uno y otro lado. Tal vez había captado algo y subió la cuesta deslizándose con celeridad entre los árboles. Yo también procuraba avanzar a su ritmo, hasta que llegamos a un lugar llano y con grandes rocas aquí y allá. Del extremo de una de ellas fluía agua.

—Agua de manantial filtrada por la roca, ¿verdad? —le comenté entre jadeos—. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—En la región de donde procedo no hay más que montañas —replicó el señor Arai en una voz clara como el sonido de un cascabel. Bajó suavemente al suelo la bolsa que le pendía del hombro y miró en derredor—. ¿Qué te parece aquí?

Me apresuré a mirar también en derredor. El gato podría ocultarse entre las rocas y, como allí su campo de visión sería más amplio que en otros lugares, parecía ofrecer seguridad. Sin embargo, al pensar en que no sería el único animal que disfrutara de esas ventajas, no pude evitar la sensación de que aquel sitio tal vez sería más bien peligroso.

—No está mal —dije con timidez—. Al fin y al cabo, no existe ningún lugar que ofrezca una seguridad total.

El señor Arai hizo un ligero gesto de asentimiento.

—Bien, decidido, éste es el lugar.

Entonces me propuso que nos sentáramos porque desde allí se veía un hermoso panorama, pero seguramente lo hizo al verme empapada en sudor. La mochila de la señora Kitae, que era pesada y, por lo tanto, difícil de acarrear, contenía una cantidad asombrosa de objetos. Pienso seco para gatos,

pienso en lata, el plato de *Sansho*, su manta favorita, juguetes, botellas de agua mineral, una casa plegable de nailon para gatos. El señor Arai se había sentado en una roca apropiada.

—Si dejamos aquí la comida, los otros animales la encontrarán enseguida, ¿no te parece? —me planteó exactamente lo mismo que yo opinaba—. Parece como si Kitae hubiera creído que nos íbamos de excursión.

—Dígame, ¿cuánto tiempo llevan casados?

Sabía que era una pregunta indiscreta, pero deseaba cambiar de tema para pensar lo menos posible en que *Sansho* estaba dentro de la bolsa.

—¿Cuánto tiempo? Hmm... Dentro de poco, este mismo año, será el aniversario. Unos cuarenta y cinco años.

—Pues se casaron muy jóvenes, ¿no es cierto?

—Sí. Yo debía de tener veinticinco y ella veintidós. Más o menos. Yo creía que podíamos esperar un poco más, pero ya sabes que, si a Kitae se le mete algo en la cabeza, no hay manera de disuadirla.

—Ustedes dos no se parecen en nada —comenté.

Esta observación le hizo reír. No fue una risa sonora, sino que apareció en el fondo de sus ojos. En un recoveco de mi mente pensé que era difícil ocultarle algo a aquel hombre.

—Una vez os vi juntos a ti y a tu marido —me dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí, aunque en aquella ocasión tenías un aire algo distinto.

—Bueno, he engordado siete kilos —le confesé avergonzada.

Él me dirigió una fría mirada.

—Sí, eso también cuenta, pero yo juraría que entonces tenías una figura más humana —susurró.

Una figura más humana. Sonreí, procurando que no se notara mi sobresalto por un comentario tan imprevisible.

—¿Y ahora no la tengo?

Me pregunté a qué se dedicaría el señor Arai.

—La primera vez que nos vemos y te digo una cosa tan rara... Es algo que me ha pasado ahora mismo por la cabeza y lo he soltado sin más. Discúlpame.

—No se preocupe. También yo experimento esa sensación.

—Oh, ¿de veras?

¿De qué se extrañaba? Esbozó varias veces un gesto de asentimiento y volvió a observarme con fijeza. Yo no podía devolverle la mirada, y me concentré en el lugar de la roca de donde brotaba el agua, como si dejara pasar por delante de mí un animal salvaje.

—Creo que Kitae te ha hablado de cierta pareja, aquellos dos que se volvieron idénticos, ¿no es cierto? Pues bien, la mujer me consultó sobre la situación y le recomendé que pusiera algún objeto en el dormitorio, una piedra, por ejemplo. Quizás en tu caso sería asimismo una buena idea que pusieras algún objeto entre tú y tu marido. —Se puso en pie—. Bueno, ya podemos marcharnos.

También yo me apresuré a levantarme, mientras contemplaba su camisa blanca, que se mantenía impecable, a pesar de lo mucho que había caminado.

En cuanto nos vio, la señora Kitae se apresuró a bajar del coche.

—¿Hasta dónde habéis ido, Arai? ¿Habéis dejado a *Sansho* en un buen sitio? ¿No le atacarán los osos?

Tenía los ojos hinchados y ribeteados de rojo.

—Puedes estar tranquila —respondió él en un tono sereno—. Lo hemos soltado en un sitio perfecto.

Dio unos golpecitos a su mujer en el hombro, como para eliminar unas motas de polvo.

—¿Seguro? Dime, Sanchan, ¿de veras es un buen sitio?

—Sin duda —aseguré, y me quité la mochila de los hombros—. Es un lugar agradable, con rincones en los que puede esconderse.

A pesar de mi afirmación, en realidad, me había mantenido un poco apartada, sin mirar directamente, cuando el señor Arai sacó el gato de la bolsa. En pie entre las abultadas raíces de un árbol, no pensaba más que en eludir mi responsabilidad.

Ya dentro del coche, la señora Kitae se apoyó en el hombro de su marido con una expresión afligida. Mientras conducía, llegaban a mis oídos el sonido que ella hacía al sorber por la nariz y la voz muy baja del señor Arai, que, de vez en cuando, murmuraba algo, pero yo no conseguía escucharle bien.

Como no podía encontrar palabras de consuelo, me concentraba en el GPS

e iba tomando las curvas cerradas cuesta abajo. Por fin apareció una zona con tiendas de conveniencia y otros establecimientos. Estábamos en medio de la carretera, esperando a que un semáforo se pusiera verde, cuando el señor Arai, como si mantuviera un soliloquio dirigido al cielo azul, susurró:

—¿No tienes hambre, Kitae?

—Sí que tengo —respondió ella con voz ronca, sin moverse ni apartar la frente del hombro de su marido.

Poco después, entramos en un restaurante cuyo interior estaba inexplicablemente decorado por todas partes con muñecas *kokeshi*. Los tres pedimos la especialidad de la casa, cocido de asaduras. La señora Kitae no mencionó el nombre de *Sansho* ni una sola vez. Su expresión mientras engullía las asaduras era la de encontrarse en un aprieto, como cuando una no puede aguantar las ganas de ir al lavabo.

—Hoy no quiero comer frituras —anuncié en cuanto llegué a casa, sin la menor idea de lo que podría interponerse ente mi marido y yo.

Él estaba en la cocina, con la sartén ya en el fuego y los largos palillos para cocinar en la mano, como de costumbre.

—Vaya, ¿por qué no? —replicó lánguidamente.

—Si vuelvo a comer eso, me voy a atontar.

—¿Y qué? No pasa nada porque te atontes.

—Si me atontara, no podría hacer cosas importantes.

Sumergió las puntas de los palillos en el cuenco que contenía la masa de harina y huevo. Cayeron unas gotas en el aceite.

—En casa no es necesario hablar de cosas importantes, ¿no crees? —repuso en su tono habitual.

—Entonces, ¿cuándo habla la familia de las cosas importantes? —le pregunté, negándome a seguirle el humor, pues aquel día teníamos que hablar seriamente, necesitaba aclarar mis dudas antes de que perdiera la figura humana.

Sin embargo, por mucho que me impacientara, él seguía manteniendo una actitud despreocupada.

—Escucha, Sanchan —me dijo mientras ajustaba la potencia del fuego—. Dices que se trata de cosas importantes, pero ¿lo son de veras? Lo que ocurre

es que te gustaría hablar de cosas importantes, no que tengas tales cosas para hablar de ellas. ¿No es cierto?

Al escucharlo, empecé a perder la confianza en mí misma y estuve a punto de dejarme engatusar, pero conseguí no darme por vencida y seguir conversando.

—¿Y qué me dices de los hijos? Por alguna razón eso sigue pendiente. No hemos vuelto a hablar de ello. ¿Tú qué quieres hacer?

—¿Y tú, Sanchan, qué quieres hacer?

Su devolución de la pregunta hizo que me quedara sin saber qué responder.

—¿Lo ves, Sanchan? Quieres que hablemos, aunque, en realidad, no tienes nada de lo que hablar conmigo.

—Claro que tengo de qué hablar —repliqué sin pensarlo—. De tu exmujer, por ejemplo.

Sin embargo, en cuanto lo hube dicho, comprendí que no tenía ningún deseo especial de hablar de ella. Mi marido echó a la sartén uno de los trozos de jengibre silvestre que tenía dispuestos sobre la tabla de cortar.

—Mira, Sanchan, tú y yo somos iguales, ¿no? La verdad es que no quieres pensar en nada, así que no es necesario fingir que lo haces, ¿no te parece? Tampoco yo deseo hablar de cosas importantes y por eso me resulta tan cómodo estar contigo.

Quería objetar que eso no era cierto, pero no me salía la voz.

—De no ser así, ya me dirás cómo se puede llevar esta clase de vida durante cuatro años.

En aquel momento, un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Esta clase de vida... ¿Qué trataba de explicarme mi marido?

—¿Has sugerido alguna vez, en estos cuatro años, que podrías trabajar?

Su mirada estaba fija en el aceite burbujeante de la sartén, mientras me hablaba con una voz turbia. Sumergió en el aceite un huevo de codorniz.

—¿Qué pensaste al saber que era propietario de esta vivienda?

Echó a la sartén otro huevo de codorniz.

—Yo sabía que no te irías de aquí pasara lo que pasase. —Aquélla no era la voz de mi marido; sin embargo, ya no recordaba cómo era su auténtica voz—. En realidad, lo sabes todo, Sanchan, sabes por qué te has casado conmigo

y por qué me he casado yo.

Sentí que se me ponía la piel de gallina. En aquel instante, en mi boca abierta, porque estaba a punto de gritar, entró algo caliente.

—Recién frito es como está más bueno.

Estaba caliente, tan caliente que casi me quemaba, y, no obstante, cuanto mayor era mi impulso de sacarme aquello de la boca, tanto más mi lengua saboreaba la fritura. Tenía una agradable fragancia de jengibre.

—Tranquila, tranquila, ya verás cómo poco a poco le coges el gusto.

Volvió la cabeza hacia mí.

Aquella cara, que no veía desde hacía tiempo, era un compuesto de dos caras, a medias la mía y a medias la suya. No sabía si echarme a reír o llorar. Él no dejaba de lanzarme a la boca tempura de huevos de codorniz y jengibre. Un horror, pero estaba bueno. Mientras movía la boca sin cesar, el sabor empezó a cambiar y se convirtió en uno que conocía muy bien.

—Creías que eres tú la única que me alimenta, ¿verdad?

Soltó una risita y movió el cuerpo como una serpiente que se enrosca. Intenté despegar mi cuerpo, aunque ya era imposible. Resultaba doloroso, pero la sensación desagradable se fue aligerando, y me daba cuenta de que, mientras las lágrimas se deslizaban por las mejillas, estaba devorando lo que tan bien conocía. «Qué bueno, qué bueno», pensaba, saboreándolo como en éxtasis.

Desde entonces, me había encontrado una vez con el señor Arai. Parecía haber ido a recoger el correo en los buzones del edificio. Yo estaba con mi marido.

—¡Vaya! —exclamó cuando nos encontramos—. ¡Cuánto tiempo sin vernos! —Al hacer una ligera inclinación de cabeza, el señor Arai nos miró alternativamente—. Claro, esto es lo que os ha pasado —dijo sin que su tono revelara una sorpresa especial—... Has decidido no poner nada entre vosotros.

—Sí, he pensado que eso también sería una solución.

—Entonces no es que quisieras poner algo entre vosotros, ¿no?

El señor Arai observó de nuevo a mi marido, que escuchaba con una expresión de perplejidad.

—Bueno, muchos matrimonios son muy parecidos. Esa decisión no deja de ser igualmente correcta.

Tras esta afirmación, el señor Arai se dirigió rápidamente al ala E del edificio.

Yo tenía ganas de preguntarle en qué nos parecíamos, pero dejé que se marchara sin planteárselo. Al fin y al cabo, parecía ser que la señora Kitae y su marido habían decidido volver a San Francisco.

Llegó noviembre y, con ese mes, una serie de tifones que no correspondían a la época del año. Se comentaba que eran los de septiembre que esta vez se habían retrasado. Mi marido se me parecía cada vez más. Mediante un certificado médico, consiguió la baja laboral y, dejándome a mí el *whisky* con soda, el sofá y la televisión, se dedicó a las tareas domésticas.

Se pronosticaba la llegada del tifón más violento del año. Cuando baja la presión atmosférica, sufro migrañas, y, desde la mañana de aquel día, estaba muy malhumorada. Para disimularlo, me puse a tomar alcohol más pronto de lo habitual y esa muestra de indisciplina hizo que me irritara conmigo misma.

—Hoy, cuando he ido a las galerías comerciales... —me contó él después de la cena.

—Hmm —le respondí con desgana.

Había vuelto a atiborrarme de frituras y analgésicos contra la migraña, tenía la cabeza más espesa de lo normal. Al contemplar su espalda mientras doblaba la ropa seca, pensé que mi marido había llegado al extremo de ir a comprar a las galerías comerciales.

—La carnicería estaba cerrada. El verdulero me ha dicho que el dueño enfermó la semana pasada.

—Hmm —repetí.

Yo me había enterado dos días antes.

—Ah, y parece ser que la lavandería va a cambiar de dueño.

Eso también lo sabía.

Mi marido reparó en que tenía la copa vacía y se apresuró a traerme otra. ¡Qué marido tan atento! Mientras esperaba tranquilamente a que empezara a beber, continuó:

—Por otro lado..., a partir del mes que viene, el pienso de *Zoromi* será

más caro. ¡Sesenta yenes!

Me lo anunció con una expresión de triunfo, a pesar de que yo le había informado del aumento el día anterior. Él se había vuelto a sentar ante la ropa doblada, y, mientras lo miraba, pensé con malicia que había cometido un desliz.

—No son sesenta yenes, sino ochenta.

—A partir del mes que viene, el pienso de *Zoromi* subirá ochenta yenes —replicó él sin inmutarse.

—Las tareas del ama de casa sólo las conoce el ama de casa —le espeté, y apuré de un trago el vaso de *whisky*.

Él fingió no haberme oído. Desdobló con calma una toalla de baño y ajustó los cuatro ángulos. Una vez más pensé que era un caradura.

—No puedes entender el trabajo del ama de casa. —Me di cuenta de que había levantado la voz. Él, que estaba sentado en el parqué, seguía doblando prendas con diligencia—. No tiene sentido que hagas lo mismo que yo —expliqué a sus espaldas—. Eso sólo puede reducir un poco el sufrimiento, pero la tentación no desaparece. No sigas tratando de vencerla. No es necesario que mantengas la figura humana.

Con la ayuda de la bebida y el dolor de cabeza, le solté lo que realmente opinaba. Las palabras me salían en correspondencia con la cantidad de frituras que había ingerido.

—Así que intentas engañar a tu marido, ¿eh? —dijo él en una voz aguda que no le había oído nunca. Sorprendida, no podía replicarle, y él siguió en el mismo tono—: La vida conmigo empieza a ser deprimente y quieres librarte de mí, ¿no es cierto?

Yo no sabía si me estaba imitando, pero al hombre que me hablaba de un modo tan raro empezó a temblarle la espalda. Mientras tanto, su nuca se movió de un modo extraño y el pelo corto le empezaba a crecer como en una filmación acelerada. Semejantes a orugas en movimiento, las puntas de su pelo se orientaban hacia los hombros, imitando mi cabello.

Incluso de ese modo quería adoptar el papel de esposa. Me enfrenté a su tenacidad, levantándome y yendo a la cocina en busca de las tijeras.

—¡No te conviertas en mí, sino en una persona mejor! —le increpé mientras las acercaba a su pelo.

Mi marido reaccionó dejando de doblar la ropa por primera vez. Vi que sus orejas se movían como lo harían las de otra clase de ser vivo. Con la mirada fija en aquellas orejas, le ordené:

—Conviértete en un ser vivo de la montaña.

Entonces, se puso a temblar con tal intensidad que pareció como si perdiera la forma de su cuerpo. Se le difuminó el perfil y su espalda empezó a hincharse hasta el doble de su tamaño y luego a encogerse. Me horrorizó que, pese a todo aquel movimiento, no se volviera hacia mí.

—¡No hace falta que sigas manteniendo la forma de mi marido! —le grité —. ¡Puedes convertirte en lo que quieras!

En aquel instante, su cuerpo amorfo reventó con estrépito y los numerosos fragmentos cayeron al suelo.

Tras apagar el televisor, me levanté del sofá y me acerqué al lugar donde estaba la ropa y donde habían caído los fragmentos. No puede reprimir un grito.

Detrás del rimero de toallas de baño, había florecido una peonía de montaña. Tenía los pétalos muy blancos, como transparentes, sin el menor parecido con mi marido.

—Ah, querías convertirte en algo bello —musité, sorprendida ante aquella flor tan encantadora.

Como única prueba de que aquello era mi marido, extendía un tallo erecto desde sus calzoncillos.

El matrimonio es una cosa extraña. A pesar de que estábamos tan cerca, de que dormíamos en la misma cama, no había tenido la menor idea de que él quería ser una peonía de montaña.

Cuando amaneció, fui a llevar la flor a la montaña.

En un lugar tranquilo, bien iluminado por el sol, cerca de donde abandonamos a *Sansho*, la planté al lado de una genciana violeta para que no estuviera sola y triste.

Al volver a casa, me preparé el desayuno, fregué los platos, metí la ropa en la

lavadora y me acosté.

Cuando cerré los ojos, mi cuerpo de contornos imprecisos empezó a recuperar su estado normal. «Vaya», me dije, impresionada porque tenía mi propio cuerpo, y palpé mis miembros de formas todavía imprecisas.

Al año siguiente, cuando finalizó la primavera, visité a mi marido convertido en peonía de montaña. Crecía vivaz y orgullosa, con la forma de un farolillo de papel blanco.

Permanecí un rato fascinada, casi con lágrimas en los ojos, al ver aquella belleza. La genciana que estaba a su lado florecía vigorosa para no ser menos que su compañera.

Estuve allí un buen rato y me levanté para volver. Las dos flores eran tan parecidas que apenas podía distinguir cuál de ellas era mi marido. Mientras las miraba fijamente, empecé a sentir frío. Me alejé de la zona rocosa, como si huyera, y bajé del monte sin volver la cabeza atrás ni una sola vez.

Los perros

En aquella cabaña vivían muchos perros.

Yo quería a los perros y ellos me correspondían. Todos eran completamente blancos, como nieve recién caída.

Vivía sin ver a nadie, en una habitación que tenía chimenea y estaba bien caldeada. No me gustaba dormir en una cama. Me tendía en el suelo, acurrucada, y los perros me rodeaban como si fuesen mantas y me producían una sensación de éxtasis. Me gustaba mucho adormilarme mientras miraba a través de la ventana, abandonándome a la agradable sensación de estar hundida entre tanto perro.

En el invierno de ese año me encargaron un trabajo para el que debía permanecer encerrada en una cabaña. No estaba acostumbrada a conducir, y allí tenía que hacerlo por un estrecho y solitario camino de montaña. Al llegar a mi destino, me encontré con una cabaña pequeña y sencilla, tal como me habían explicado. El interior estaba dividido en una sala de estar de techo alto, un pequeño dormitorio y un desván, que se convirtió en mi lugar de trabajo.

Desde la mañana a la noche, sentada a la mesa, provista de una lupa y unas pinzas, me dedicaba a pegar trocitos de papel multicolor en un lienzo. El trabajo que me habían encargado consistía en hacer la réplica de una obra de un artista que ahora está de moda. Si yo fuese una persona normal, sin duda sería un trabajo para matarme de aburrimiento, pero soy capaz de pasarme el día entero sin hablar con nadie, y por eso era una tarea muy apropiada para mí. Lo mismo debía de pensar el dueño de la cabaña y por ello me había encargado el trabajo.

La noche de mi llegada a la cabaña, me telefoneó.

—¿Qué tal te va en esa cripta? ¿Hay algún inconveniente?

Es un amigo de la época estudiantil, la única persona con quien puedo hablar sin reservas que he conocido en mi vida. Al escuchar su voz, me relajé un poco, como si se me aflojara el nudo de un pañuelo que tuviera fuertemente atado al cuello. Su voz siempre me hacía imaginar un huevo duro empapado de aceite que sale de la boca. Se expresa con claridad y una voz recia que, por un momento, me hace olvidar que también él es un misántropo. La diferencia conmigo estriba en que posee suficiente astucia para ocultar su misantropía a los demás, y él tiene familia.

—Sí, hay algunos inconvenientes, pero estoy mucho mejor con ellos que si no los hubiera —le respondí.

—En el pueblo al pie de la montaña encontrarás lo que te haga falta —me informó—. Si te da pereza ir hasta ahí a menudo, puedes comprarlo todo de una sola vez.

Él había nacido en aquel pueblo, totalmente cubierto de nieve en invierno, aunque, desde que se marchó en su infancia, no ha vuelto nunca. Años atrás, su abuelo, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo, murió y le dejó en herencia aquella cabaña, tan alejada de cualquier lugar habitado que nadie la quería. Cuando me habló de ello, le pedí que me dejara vivir allí. Quería preguntarle si su abuelo cuidaba de los perros, pero pensé que no podía saberlo y no lo hice.

Al día siguiente por la mañana, dispuse en fila a los perros delante de la chimenea. Había pensado en poner un nombre a cada uno de ellos. Les pedí que ladraran cuando les gustara el nombre que les adjudicaba. Tomé las placas con los nombres y fui leyendo uno tras otro, observando las expresiones de sus ojos.

—En primer lugar, *Madrugada*.

«Ha, ha, ha, ha.»

—*Hoy Llegan los Aparatos Eléctricos*.

«Ha, ha, ha, ha.»

—*Pastrami*.

«Ha, ha, ha... ¡Guau!»

Al perro que había ladrado le colgué del cuello la placa con el nombre *Pastrami*. El animal sacó la lengua, y lo tomé por un gesto de respeto.

—*Mundo*.

«Ha, ha, ha, ha.»

—*Comida para Llevar*.

«¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!»

Dejé de hacerlo porque era interminable. Los perros tampoco me llaman por mi nombre. Bastaba con observar sus ojos negros que brillaban como si estuvieran esmaltados.

Probablemente, podría distinguirlos, aunque lo cierto es que ni siquiera había necesidad de ello.

No lo había previsto, pero pasear a los perros se convirtió en una tarea diaria. Sin embargo, no tenía ocasión de verlos haciendo sus necesidades, y ni siquiera pedían pienso. Como entraban y salían con total libertad de la cabaña, debían de aliviarse y conseguir alimento cuando yo no estaba presente. Puede que cazaran en grupo piezas pequeñas, pajarillos, por ejemplo. Cierta vez, durante la caminata, encontré un objeto que parecía un cráneo de ave. Me lo guardé en el bolsillo del abrigo y, cuando volví a la cabaña, se lo arrojé a los perros que estaban tumbados. Ellos no se inmutaron, si bien, de una manera intuitiva, noté que se avergonzaban de comer pájaros. Estaba segura de que no querían que los viera hacer sus necesidades ni devorar sus presas. Aquellos perros tenían mucha delicadeza. Con todo, bebían agua en abundancia delante de mí, pero sólo aceptaban el agua que yo sacaba del pozo. Aunque les ofrecía leche tibia, jamás la probaban. Los perros parecían todavía más blancos tras beber aquella agua fría como el hielo.

Tres días después de mi llegada a la cabaña, fui al pueblo para hacer unas compras. Mientras estaba en el garaje, sacando paquetes del maletero, a fin de hacer sitio a los alimentos, el combustible, etcétera, *Pastrami* subió al vehículo y se quedó en el asiento del pasajero. Partí con él a bordo.

A pesar de que mi amigo me había explicado que era un simple pueblecito

donde no había nada, al pasar por allí me di cuenta de que el ambiente del lugar era tenso. Parecía como si sus habitantes temieran algo y estuvieran nerviosos. Delante del supermercado, cinco o seis hombres repartían volantes. Vestían chaquetas idénticas y llevaban una especie de porra al cinto. Tal vez pertenecieran a un grupo de vigilancia.

Cuando me acerqué a ellos, mi mirada se cruzó con la de un hombre rollizo, quien debió de percatarse al instante de que era forastera. Se me acercó con una expresión de curiosidad y me tendió uno de aquellos volantes.

—Ten mucho cuidado con los perros —me advirtió.

—¿Los perros? —Debido al ambiente de tensión que los rodeaba, de repente cruzó por mi mente la expresión «perros callejeros»—. ¿Pasa algo con los perros? —inquirí.

Normalmente, no me detendría a hablar con alguien por mi propia voluntad. El hombre rollizo pareció quedarse un momento perplejo al oír mi voz, que no era más que un susurro, pero señaló con un dedo el volante que me había dado.

—Si los ves, infórmanos enseguida. Al pie figura la dirección de contacto.

En el momento en que iba a preguntarle qué pasaría si lo hacía, me di cuenta de que lo que le pendía del cinto no era una porra sino una pistola, y retuve el aliento. Él se percató de la dirección de mi mirada.

—Ah, esto —dijo, palpando el arma—. También tú deberías protegerte —me aconsejó—. No se sabe lo que puede ocurrir.

Parecía que iba a hacerme preguntas, así que me apresuré a guardarme el volante en el bolsillo y entré en el supermercado. Estaba muy preocupada por *Pastrami*, al que había dejado dentro del coche, y desde la ventana miraba una y otra vez hacia el *parking*. Al salir del establecimiento tras hacer las compras, reparé en que el hombre rollizo me miraba fijamente. En el extremo de mi campo visual, vi que cuchicheaba al oído de un hombre alto, noté que se me aceleraban los latidos del corazón y subí con rapidez al coche. *Pastrami*, que estaba acurrucado y dormido en el asiento, se despertó y, al verme, se puso contento e iba a levantarse, pero lo empujé para que bajara al suelo del vehículo y puse las bolsas de la compra en el asiento.

Una vez en la cabaña, eché un vistazo al volante que me había guardado en el bolsillo. Decía que varias personas del pueblo estaban en paradero

desconocido. Un niño, una joven y un anciano habían desaparecido sin dejar rastro. Yo no entendía cuál podría ser la relación con los perros; en cualquier caso, el texto finalizaba pidiendo a quien los viese que informara de ello sin falta.

De manera instintiva, miré a los perros que estaban sentados a mi alrededor. Su pelaje blanquísimo impedía pensar que fuesen perros abandonados.

Al día siguiente ya estaba harta del trabajo y decidí seguir discretamente a los perros cuando se internaban en la montaña. Me había preguntado adónde irían mientras yo permanecía encerrada en el estudio.

Me puse unas gafas de sol y un poncho y fui siguiendo las huellas de las patas entre los árboles desnudos y gozando del paseo en la tarde. Recogía una ramita y trazaba con ella un surco en la nieve reluciente y, cuando encontraba una ramita nueva, tiraba la anterior.

Las huellas de los perros proseguían como las de una marcha militar. Debían de estar aproximándose a una presa en una operación conjunta, como lo harían unos perros pastores. Me emocionaba al imaginarlos cazando, una escena que no había presenciado nunca. Al volver la cabeza atrás, *Pastrami* levantó la suya por encima de un montículo cubierto de nieve, y solamente se le veía la parte superior desde el hocico. ¿Cuánto tiempo llevaba a mis espaldas? Moví la ramita, que era la quinta y tenía forma de muelle, al tiempo que alzaba las gafas de sol.

—Yo también he venido —le dije—. ¿Estáis todos ahí? ¿Puedo unirme a vosotros?

Pastrami se incorporó, ladró una sola vez, dio media vuelta y se internó entre los árboles. Pensé que tal vez no debería haber ido allí. Me sentía inquieta, como si hubiera roto una promesa que les había hecho, y estaba a punto de regresar a casa, pero, finalmente, penetré en el bosque y me abrí paso por la nieve, que casi me llegaba a las rodillas.

Los perros estaban sobre la superficie congelada de un lago. Al salir de la espesura y ver de repente la amplitud del paisaje, me asombré de que

existiera allí un lago como aquél y me oculté detrás de un tronco. Los perros caminaban tambaleándose por aquella enorme superficie que permitiría jugar varios partidos de béisbol al mismo tiempo. A pesar de que resbalaban, debían de estar familiarizados con el lugar. Parecía un inmenso parque canino de hielo.

Se dispersaron en varias direcciones, manteniendo cierta distancia entre ellos. Como sucedía con las huellas de las patas, dibujaban múltiples círculos perfectos. Yo quería saber qué estaban haciendo, aunque el hielo en la orilla del lago era muy delgado y me pareció que no podría acercarme a ellos. Con los ojos entrecerrados, vi que cada perro se ponía a saltar sobre el hielo. Al principio eran saltos pequeños, pero gradualmente alcanzaron su propia estatura. Estaban intentando agujerear el hielo. De vez en cuando, escarbaban con las garras de las patas delanteras. Al cabo de un rato, uno de ellos completó el agujero y se zambulló sin la menor vacilación. Vi que otros perros también abrían del todo sus respectivos agujeros y desaparecían en el lago. Éste quedó desierto y recuperó su tranquilidad, como si no hubiese pasado nada.

Empecé a preocuparme, temerosa de que los animales no volvieran. Entonces, un perro asomó la cabeza por el agujero en el hielo y lanzó un ladrido agudo y breve como un trino de ave. Por un agujero distinto apareció la cabeza de otro perro, que ladró de un modo similar. Fueron apareciendo sucesivamente las cabezas entre los fragmentos de hielo quebrado, repitiendo el mismo ladrido. Mientras los observaba con atención, poco a poco empecé a comprender lo que hacían. Estaban trazando un gran círculo nadando en grupo bajo el agua. Por medio de aquel sonido, el círculo iba estrechándose cada vez más hacia el centro. Sin apartar la mirada de aquel círculo, caminaba por la orilla del lago. Por fin encontré un lugar donde el hielo era grueso y lo pisé con precaución, puliéndolo primero con los guantes de esquí, como un limpiaparabrisas. Tal vez, si apoyaba los codos en el hielo pulido, podría ver el agua, pero lo único que vi fue barro grisáceo, y me decepcionó. Decidí regresar a la cabaña antes que los perros y, mientras caminaba, evoqué a los animales que perseguían a los peces bajo el agua con movimientos elegantes.

—¿Estás bien? —me preguntó mi amigo—. ¿No estás cansada de la soledad?

—No —le respondí, y le pregunté a mi vez si él no estaba cansado de su vida social. Su respuesta fue afirmativa.

Había decidido hablar con él con regularidad por teléfono. Quiso saber hasta cuándo planeaba estar en medio de la montaña y le dije que no me preguntara tal cosa porque no quería pensarlo. Tras informarse de mis progresos en el trabajo y confirmarle las fechas de entrega, le conté lo que me había ocurrido en el pueblo.

—¿Por qué los habitantes del pueblo buscan con tanto afán a los perros? ¿Sabes algo?

—Hmm... —se limitó a musitar él.

Como no había vuelto a aquel lugar desde su infancia, casi con toda seguridad no sabía nada. No obstante, cuando me disponía a finalizar la conversación, él se puso a hablar en un murmullo.

—Recuerdo vagamente haber oído una historia sobre la desaparición de muchos habitantes del pueblo.

—¿De veras?

—No lo recuerdo con claridad. Yo era pequeño y creí que era un cuento para asustar a los niños.

—¿Está relacionado con los perros?

—Tal vez, pero, cuando yo vivía ahí, nadie tenía perros en el pueblo. En una ocasión le pedí a mi madre un perro y ella lo rechazó de plano sin darme ningún motivo.

Sus palabras me hicieron recordar que durante mi estancia en el pueblo no había visto una sola mascota.

—¿Los perros han secuestrado a la gente?

Pastrami, tendido a mis pies, irguió la oreja derecha, como si reaccionara a mis palabras.

—Eso es imposible.

Se echó a reír alegremente y me tranquilicé. *Pastrami* bajó la oreja y enseguida lo oí respirar dormido.

Hablamos entonces de diversas cosas sin importancia, durante las cuales me tomé dos tazas de cacao. Él me anunció que por Navidad vendría con su familia para realizar los trámites de la herencia y quedamos en que entonces

nos veríamos. Me preguntó si había visto el pronóstico del tiempo y le respondí que allí no existía la civilización. Me informó de que se esperaba una ola de frío para el fin de semana.

—¡No te mueras! —me recomendó entre risas, y colgó el teléfono.

Tal como se había pronosticado, el fin de semana llegó una ola de frío. Aquella mañana el frío congelaba todas las cosas, como en un sueño recurrente que tuve en mi infancia. Los cereales guardados en la alacena de la cocina parecían granizo y los carámbanos que colgaban de los aleros daban la impresión de haber atravesado milenios en una noche.

Me puse toda la ropa que tenía y fui al garaje con los perros, provista de un cubo vacío y una pala. Los perros brincaban a mi alrededor y parecían apresurarme. Tardé mucho más tiempo del normal en llegar al garaje, bajo toda aquella ropa sudaba como si estuviera en una sauna.

Primero comprobé si la luz de la batería del generador era de color verde, luego examiné la cantidad de leña y gasolina que quedaba, y saqué del armario de las herramientas las que parecían más útiles para eliminar la nieve. Reuní un trineo rojo, una pala, chocolate para salir del paso en una emergencia y cuerdas. Me puse bajo el brazo unas mantas viejas y polvorientas y examiné el interior del pozo que estaba detrás del garaje. El aire frío y puro me acarició el rostro como lo harían las manos de un niño.

—¿Qué hacemos? —pregunté a los perros que estaban detrás de mí—. El agua que tanto os gusta está congelada y no voy a poder sacarla para dároslo.

Pastrami intentó encaramarse al borde del pozo, pero lo disuadí riéndolo y volví a la cabaña.

Traté de solucionar la congelación de la polea, fui de nuevo al garaje y busqué un escoplo y un martillo. Golpeé varias veces como un herrero la rueda de la polea y, por fin, empezó a moverse un poco. Al estirar la cuerda con ambas manos, se desprendió el hielo que la cubría y la polea se puso a girar con energía.

Quería volverme hacia los perros para anunciarles, orgullosa, que lo había conseguido, sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, noté que algo pasaba

por mi lado. Al cabo de un instante, volví la cabeza y observé que *Pastrami*, con una tranquilidad absoluta, estaba a punto de saltar al cubo del pozo.

—¡*Pastrami!*

Demasiado tarde: el perro cayó con el cubo al fondo del pozo. Yo no sabía qué hacer y agitaba frenéticamente los brazos en el aire. Desde el fondo del pozo me llegaban los penosos bufidos de *Pastrami*. Pude subir el cubo que había caído junto con el perro, pero estaba vacío, y desde allí abajo me llegaba el sonido de las garras que raspaban el hielo.

—¡Llamad a alguien! —ordené asustada a los perros que estaban a mis espaldas.

Oí el ruido de las patas de varios de ellos que se iban a correr por la nieve. Me incliné en el borde del pozo, extendí las manos y grité: «¡*Pastrami!*», aunque no podía hacer nada. Finalmente, agotada, me agaché junto al pozo. Ya no se oía la voz de *Pastrami* ni el ruido de sus garras al raspar la superficie de hielo.

Pregunté a mi amigo qué podría hacer si un animal saltaba al pozo.

La tormenta de nieve debía de haber afectado a las comunicaciones, y era casi medianoche cuando por fin pude hablar con él por teléfono.

—¿Un animal en el pozo? —replicó con voz soñolienta.

—Sí —me limité a contestar. Estaba envuelta en la manta que había encontrado en el garaje. Los perros blancos me rodeaban como guardianes.

—Cierta vez, cuando era niño, vi una comadreja ahogada... —respondió, tratando de recordar.

—¿En invierno?

—No, en verano.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Creo que avisamos a la policía del pueblo y recuperaron el cuerpo. ¿Qué es lo que ha caído al pozo? ¿Un tejón?

—Como está en el fondo del pozo no veo qué es.

—Comprendo. Bueno, será mejor que no te acerques más al pozo, porque a veces en la montaña hay lobos. Cuando vaya al pueblo por Navidad lo

sacaré de ahí.

Me di cuenta de que no había tomado ningún alimento en todo el día y me di ánimos para hacer la comida, pero, después del primer bocado, no pude seguir comiendo. Pensé que me acostaría sin cenar y, como por algún resquicio entraba aire frío, verifiqué que las ventanas de la sala de estar estaban cerradas. Mientras lo hacía, desde algún lugar me llegó un quejido de perro casi inaudible. Alcé la cabeza, sintiéndome como si estuviera soñando. ¿Sería el sonido del viento? Salí de la cabaña y, provista de un farol y una pala, avancé por la nieve en compañía de los perros.

El fuerte viento hacía que el cubo del pozo chocara con la polea. Me detuve, levanté el farol por encima del pozo y dije en voz débil: «¿*Pastrami*?». Agucé el oído y me pareció oír el mismo quejido casi inaudible de antes...

—*Pastrami*, ¿estás vivo? —le pregunté, alzando la voz.

Esta vez sí que pude distinguir con claridad la voz quejumbrosa del perro. Me así al borde del pozo, del que me había alejado como huyendo a mediodía, y examiné el fondo. Al iluminarlo, extendiendo al máximo el farol, pude ver muy borrosa la figura de *Pastrami*, que se levantaba bamboleándose en el hielo. Dejé allí varios perros y regresé a la cabaña, puse en marcha el motor de la sierra eléctrica que había encontrado en el garaje y, envolviéndome en una nube de serrín, corté la escala de madera que conducía al desván. Entonces, la coloqué en el trineo rojo que servía para transportar leña. Cuando llegué al pozo con varios perros, bajé con sumo cuidado la escala por el pozo hasta que quedó a escasa distancia del fondo. «¡Cógela, *Pastrami!*», le grité. Sin embargo, él no se movió, limitándose a mirar hacia arriba con la lengua fuera de la boca.

El hielo parecía ser muy grueso y firme. Tras comprobar varias veces la resistencia del suelo donde se apoyaba la escala, me armé de valor, rodeé el pozo con la cuerda y me até el otro extremo a la cintura. Pasé por encima del borde, despacio, hasta situarme en la escala de madera. En el momento en que recogía a *Pastrami*, oí un sonido ligero pero revelador: el hielo se estaba resquebrajando y me pareció que la sangre desaparecía de mis venas. Presa de un miedo cerval, me apresuré a meter bajo el anorak de esquí aquella masa de pelo helado. El fondo del pozo era tan oscuro y estaba tan frío que llegué a

perder la noción de lo que estaba haciendo. Cuando alcé la cabeza con la intención de subir, mi mirada se cruzó con las de los perros que rodeaban el borde del pozo.

Uno de ellos movió la boca y tuve la sensación de que decía: «Bueno, ésta queda aprobada».

Mi trabajo estaba atrasado y debía volcarme en él para cumplir con la fecha de entrega. Desistí de pasear con los perros y me pasaba la mayor parte del tiempo sentada a la mesa. Mientras con una pinza pegaba tenazmente pieza a pieza el papel de colores, poco a poco fue apareciendo un diseño brillante, como una inundación de color. A pesar de que sólo eran copias, se trataba de un trabajo manual minucioso y, al parecer, ya había bastantes reservas de ejemplares, pero, en realidad, me habría gustado tener ante los ojos una tela completamente en blanco.

Mi cuerpo estaba muy tenso debido a la postura para realizar el trabajo y, por primera vez en varios días, me sumergí en la bañera. Entonces caí en la cuenta de que, desde hacía algún tiempo, mi amigo había interrumpido sus llamadas. Consulté el calendario de la cocina y me sorprendí al comprobar que, sin que me hubiera dado cuenta, ya estábamos a finales de diciembre y habían pasado varios días después de la Navidad, cuando habíamos quedado en vernos. Ya debería haber llegado al pueblo junto con su familia.

Me puse el anorak que pendía de la percha y me dirigí al garaje. Los perros querían subir al coche y les dije que sólo iba un momento al pueblo, aunque no pude convencerlos. «¿Queréis venir todos conmigo?» «Guau, guau.» «Es que no cabéis tantos en el coche.» «Guau, guau, guau.» Sus ojos tenían un brillo amarillento y seguían ladrando y enseñando los dientes. Al final, *Pastrami* subió al asiento del copiloto y los demás perros nos siguieron sin separarse ni un momento del coche.

El pueblo estaba desierto. No había nadie en la plaza ni en el mercado ni en la estación de servicio. Varios coches vacíos estaban detenidos en la carretera. Desde las casas con las puertas abiertas, a través de las que se veían los adornos navideños, no surgía sonido alguno. No pude hacer más que

apearme y dar una vuelta por las calles nevadas junto con los perros. Por el suelo estaban diseminados muchos de los volantes mojados que había visto repartir al vigilante. Hice un gran esfuerzo de memoria y por fin encontré la casa de la que me había hablado mi amigo. Había un árbol navideño al otro lado de la puerta, que no estaba cerrada con llave. Entré con cautela y vi la mesa puesta, ya con una ligera capa de polvo.

Por si acaso, examiné todos los rincones de la vivienda, pero allí no había nadie. En el armario del dormitorio que estaba en el primer piso y parecía ser la habitación para invitados, colgaba un abrigo que recordaba haber visto. En el suelo había una escopeta abierta y cargada con cartuchos. Recogí los regalos de Navidad que sin duda habían recibido los hijos de mi amigo y miré a *Pastrami*, que estaba a mi lado.

—Hace tiempo le pedí una cosa a Papá Noel, que al despertarme por la mañana no hubiera en el mundo nadie más que yo.

Crucé la carretera, en cuyo centro estaba escrita la palabra «perro» en grandes trazos con espray rojo, y subí al coche. Los perros blancos me siguieron.

Pasé la Nochevieja trabajando como de costumbre en el desván y, al terminar, paseé con los perros por la montaña nevada. Después de todo, mi amigo no había acudido a la cabaña ni me había llamado por teléfono.

El tiempo pasaba sin ninguna novedad. Podía contemplar durante horas sin aburrirme a los perros blancos, que nadaban con elegancia por debajo del hielo. Cuando empezaban a escasear los víveres, bajaba al pueblo y tomaba lo necesario en las tiendas vacías. El pelaje de los perros seguía siendo blanco como nieve recién caída.

Un día, cuando contemplaba a los perros, dejé la pinza y tomé la escopeta que me había traído a la cabaña. Me acerqué a la ventana, saqué el cuello por el vano y apunté a los perros. Ellos se pusieron rígidos, me miraron, se dispersaron de repente hacia la montaña y desaparecieron, como si se hubiesen fundido con la nieve.

Bajé la escopeta y grité desde la ventana: «¡Perdón, sólo había querido ver

otros colores!».

Una noche en que nevaba intensamente, me dormí ente los perros.
Habían empezado a brotar de mi piel unos pelos blancos.

El *baumkuchen* de Tomoko

La llama del fogón ardía a fuego bajo. Y Tomoko comprendió de repente que este mundo es un concurso que será eliminado a la mitad.

No habría sabido decir por qué se le ocurrió semejante cosa entonces, pero es posible que, en realidad, lo supiera desde hacía tiempo. Sin duda, nosotros respondemos a las preguntas del concurso en el centro de la naturaleza salvaje, antes de nacer. Pulsamos continuamente los botones, con un estúpido gorro en la cabeza. Sólo funciona la máquina que emite las preguntas del concurso, ante una grieta de la tierra donde no hay público, el productor se ha marchado y el presentador está muerto.

Tras varios días de mal tiempo invernal, parecía raro que aquella tarde fuese tranquila y agradable, como una cara en la que se dibuja una amplia sonrisa. En aquel momento Tomoko se encontraba en la cocina tostando la base de un *baumkuchen*, que en nuestra casa llamamos «conejo volador», para los niños, a los que procuraba no dar demasiadas cosas dulces. En el espetón fabricado por ella misma, con un cilindro de rollo de papel de aluminio, que tenía en la mano derecha, había múltiples capas de masa a medio hacer. Tomoko se volvió hacia los niños, que estaban sentados a la mesa de la cocina, como pidiéndoles ayuda. Neón y Río. Son los queridos tesoros de Tomoko. Por un instante, pensó que se hallaba en un lugar desconocido, pero Neón, el hermano mayor, estaba dibujando castañas, que últimamente le gustaban mucho, en una hoja de papel sobre la mesa. Río, sentado en su trona, manejaba con habilidad un iPad y miraba sin parpadear un juego del Agente P. Ambos ensanchaban las aletas de la nariz y tenían una expresión de éxtasis debida al olor del *baumkuchen* tostado.

La sensación del aire de la naturaleza salvaje era tan vívida que Tomoko sentía el impulso de abrazar a los niños. Aunque ni a su marido se la había confesado, tan sólo se sentía segura de verdad cuando aspiraba el olor del cabello de su hijo mayor y cuando cogía un dedo del menor como si fuese un amuleto. Tomoko tenía la vaga sensación de que, por debajo de la

personalidad que mostraba a la familia, había un estrato sombrío. Normalmente, lo olvidaba, pero, cada vez que por algún motivo aparecía en su mente, no podía dejar de levantarse de la cama matrimonial para apretar el dedo de Río. Tanto Neón como Río dormían de un tirón hasta la mañana. Por eso, cuando ella cerraba con llave la puerta del cuarto de los niños, podía liberarse de la inquietud indefinida que la embargaba.

De repente notó que perdía la noción de dónde se encontraba y dirigió la mirada hacia la notificación de la fiesta infantil clavada en el tablero de corcho, en busca de algo a lo que aferrarse, aunque se apresuró a desviarla porque sintió que vertía en la naturaleza salvaje pequeños recuerdos familiares: la tarjeta del otorrino que estaba abandonada sobre el mostrador, el limpiador de gafas eléctrico que su marido se empeñó en comprar, el recipiente de madera en forma de burro para los tenedores que le trajo su suegra de un viaje. Observando todo esto, Tomoko sintió poco a poco que tanto aquella habitación decorada al gusto de la familia como los objetos que conservaba de su época de soltera no los había visto nunca y alguien los había colocado allí adrede por la noche, y los recuerdos que iban unidos a esos objetos familiares importantes eran como fotos impresas en un póster.

Desde el cuarto anexo al baño, le llegó el pitido que anunciaba el final del proceso de secado de la colada y Tomoko volvió en sí. Tras un momento de indecisión, apagó el fuego de la cocina, dijo a los niños que mamá iba a doblar la ropa y se lavó las manos. Mientras se quitaba el delantal manchado de harina, se dijo que sería mejor olvidar la naturaleza salvaje. Era cierto que haciendo múltiples tareas estaría muy ocupada y enseguida aquel pensamiento tan extraño que había tenido le haría reír.

En aquel momento, la luz invernal que calentaba la tela del sofá se extendió de improviso y Tomoko se asustó: era como si alguien ajustara la luminosidad. Daba la sensación de que habían preparado amablemente aquella luz para remachar que no había ocurrido nada nuevo en la casa.

«No puede ser», musitó Tomoko, y se echó a reír sin querer, pero ya no le apetecía ir a la sala de estar. No sabía qué hacer y contuvo la respiración para evitar que se le escapara cualquier cambio que pudiera haberse producido en la sala. Al cabo de un rato, notó que la hoja de la ventana de aluminio que estaba bien cerrada se había movido como si fuese un ladrón sigiloso,

dejando una holgura de varios centímetros. Se infló la cortina de raso que no había sido lavada en más de diez años y empezó a acariciar suavemente el sofá. La sala de estar de la casa estaba tan pulcra y bien ordenada que podría haberse utilizado en la portada de un catálogo, y se sintió confusa. Tenía la impresión de que la sala de estar la estaba seduciendo, tratando de que cayese en una trampa terrible.

Tomoko vio que su gato *Urai*, que hasta entonces había estado en otra habitación, aparecía y se aposentaba en el centro del sofá.

—¿*Urai*? —lo llamó.

El gato la miró un instante, desvió los ojos y bostezó. Era un gesto habitual y el que más les gustaba a los niños, aunque ahora a Tomoko le parecía una postura rebuscada. ¿Sería otro ser vivo desconocido que imitaba a *Urai*? La luz invernal estrechaba todavía más sus pupilas, que eran muy delgadas y agudas, como cortadas por un fino cuchillo.

—*Urai* —repitió Tomoko en un tono dulce, y se sentó con decisión en el sofá de tela caldeada por el sol.

Sonriente, le acarició el cálido pelaje, preocupada por si el gato percibía que los latidos de su corazón eran más rápidos de lo habitual. Entretanto, *Urai* seguía dirigiendo a su dueña una mirada profundamente dubitativa, como si tratara de penetrar en su pensamiento. De repente, movió los bigotes y se levantó del sofá.

—¿Adónde vas, gatito? —le interrogó Tomoko en un tono despreocupado.

Sin volverse siquiera, *Urai* cruzó el espacio de la puerta entreabierta y salió al pasillo. Tal vez había reaccionado al sonido de la moto del cartero que acababa de pasar por la calle. Tomoko esperó inmóvil, mirando el techo, sintiéndose como un cadáver abandonado. Diez segundos, veinte segundos. Finalmente, al recordar la imagen de *Urai* visto desde atrás, tan caprichoso como siempre, se preguntó qué estaría haciendo y suspiró. *Urai* era un regalo de unos conocidos, y logró quedárselo pese a la oposición de su marido. Era increíble que aquel animal, casi un miembro más de la familia, se asustara lo más mínimo.

Sin embargo, cuando se dio cuenta de que el gato la estaba mirando desde la puerta, Tomoko estuvo a punto de estremecerse de horror.

—¿A qué viene esto? —inquirió desde el sofá, donde estaba tendida—.

¿Qué pretende quien está manejando a *Urai*?

Esperaba una reacción, como si hubiera otra persona en la sala. Naturalmente, no obtuvo ninguna respuesta. Tan sólo le llamó la atención el aire que penetraba por la holgura de la ventana y seguía acariciando el extremo del sofá. Con la certeza de que era una tontería, Tomoko, enojada, alzó la voz.

—No vale la pena, ¿me entiendes? No sé quién eres, pero estás tratando de culparme, ¿verdad?

Cesó el viento y Tomoko empezó a oír el sonido de las gotas de agua al golpear el fregadero. Era un sonido tan monótono que incluso la decepcionaba. La voz de su otro yo le decía que su actitud era ridícula.

Cesó el goteo y volvió a hacerse el silencio en la casa. Aún no debía de haberse puesto el sol, aunque tampoco llegaba ningún sonido desde el otro lado de la ventana. El enojo que sintiera poco antes había desaparecido. Y empezó a sentirse inquieta de nuevo. Su mirada recorrió la sala de estar, y no percibió en ninguna parte el calor de la familia que había impregnado por completo hasta el último rincón. Temblaba en el centro de la sala de estar, donde la temperatura había desaparecido del todo. Incluso el sofá, que había sido tan cómodo, parecía tirar de ella, arrastrarla hacia el infierno, por lo que se despegó de él lentamente, sin hacer ruido. Buscó con la vista a *Urai*, que debería estar detrás de la puerta, pero no halló más que el pasillo frío como una pista de patinaje sobre hielo. Tuvo la sensación de que alguien había matado su casa en un instante.

De improviso, se acordó de sus hijos, que debían de estar sentados a la mesa del comedor, y el corazón le dio un vuelco. ¿Por qué el silencio era tan profundo? No podía ser que los niños estuvieran tan tranquilos. Contuvo la respiración, volvió la cabeza y vio la de Neón, que estaba dibujando en la mesa. En la trona se movía la cabeza de Río.

—¿Río? ¿Neón?

Tomoko recuperó la serenidad, se acercó a Neón para ver lo que el niño, muy concentrado, estaba dibujando con lápices de colores, pero sus piernas se quedaron paralizadas, pues imaginó que algo había convertido a los niños en otra cosa. Lo que dibujaba Neón le parecía un cerdo atravesado por un espetón y la figura de un niño con los brazos y las piernas devorados por

otros cerdos, mientras que lo que Río miraba en el iPad se le antojaba un documental muy trágico que antes de casarse ella solía ver en secreto, en el que un blanco mataba a un negro golpeándole con un palo.

Por fin Tomoko comprendió qué debía hacer. Con las piernas temblorosas, pasó junto a la mesa del comedor y cogió el cilindro envuelto en papel de aluminio que estaba sobre la tabla de cortar, enrolló de nuevo la masa de *baumkuchen* y untó cuidadosamente la sartén con mantequilla. Mientras tarareaba como si no hubiera pasado nada, Río y Neón, unos niños desconocidos un momento antes, volvieron a ser los tesoros de Tomoko, uno dibujando una castaña y el otro absorto en un juego del Agente P. Sólo una vez había perdido el dominio de sí misma. En el momento en que sacaba los platos de un estante alto, sintió el impulso inexplicable de gritar unas palabras sin sentido, pero entró en el baño y, en vez de apretar el dedo de Río, se apretó el suyo. Entonces, como si no supiera nada, completó el *baumkuchen*.

Tomoko ya no huía de su dormitorio, porque a medianoche, cuando trataba de calmar su inquietud cerrando con llave la puerta de la habitación de los niños, la palma de Río empezaba a hincharse y el dedito rechoncho aumentaba sin fin dentro de su mano. Tampoco aplicaba la nariz a la cabeza de Neón, porque al aspirar hondo desaparecía el olor a sol y tierra seca, y el momento en que el cabello del niño se volvía inodoro era el más espantoso para Tomoko. Por lo demás, si tenía cuidado, la vida era la misma de siempre, algo para ella sorprendente. Si se empeñaba en buscar algún cambio, diría que al leer un libro se ponía tensa.

Desde entonces, cada vez que aparecían expresiones como «inesperadamente», «no sé por qué», «de alguna manera» y otras similares, le brotaba el sudor en la frente y no podía concentrarse en el relato. Por mucho que se empeñara, no encontraba el motivo; sin embargo, tenía la sensación de que en el fondo sabía algo. Su cuerpo se enfriaba, la capa interior iba a emerger por cualquier pequeño estímulo. Como el concurso que había estado viendo era aburrido, apagó el televisor sin pensar en nada. Le invadió una repentina sensación de horror y volvió la cabeza. *Urai*, que estaba acurrucado en la mesa, alzó el cuello y la miró fijamente. Los dos niños también la observaron con expresiones de personas desconocidas.

Tomoko pensó en el concurso que había interrumpido a la mitad. Recordó de repente la escena que había imaginado aquel día a primera hora de la tarde. Ella y los niños se hallaban en una naturaleza silvestre infinita, obligados a ponerse en fila ante una grieta en la tierra. Con las manos en los botones y los gorros estúpidos en la cabeza, esperaban a conocer el resultado del concurso. Ninguno de ellos decía nada sobre la muerte del presentador, la desaparición del productor y la máquina que emitía las preguntas. El gorro de Tomoko brillaba con viveza, como si enviara a alguien una señal de SOS.

Un marido de paja

Delante de ella su marido corría igual que una liebre. Vestía la camiseta del equipo de fútbol que le gusta y pantalón corto. Llevaba hasta los tobillos unas mallas que compraron en una tienda de artículos deportivos, y, en el espacio entre las mallas y las zapatillas, sobresalían dos o tres briznas de paja. La pista de atletismo del parque es muy agradable, amplia y pavimentada y por donde él corría quedaba en el suelo algo de serrín, aunque Tomoko lo evitaba ágilmente mientras lo escuchaba.

«La espalda bien recta. No subas demasiado las piernas. Es mejor que corras como si rozaras el suelo, así te cansas menos. Los brazos pegados al cuerpo y no saques la barriga.»

Ella le respondió que sí mientras decidía en qué debía concienciarse en primer lugar. Se alegraba de que él le enseñara cómo debía correr, pero, si le decía tantas cosas a la vez, se desorientaba. Tenía ganas de reír, pero intentó ponerse seria y, dejando de lado todas las instrucciones de su marido, se fijó en los árboles de follaje rojo y amarillo que se extendían por encima de sus cabezas. La pista parecía una alfombra interminable en el pasillo de un elegante palacio. Los colores eran verde, amarillo y rojo, y parecía que el momento en que el color cambiaba era distinto según la clase de árbol, y la simultaneidad de las hojas de tres colores distintos producía una sensación de lujo.

—¡Mira qué bonito es! —exclamó Tomoko.

«Es cierto —replicó su marido—. Hemos hecho bien al venir.»

—Sí, gracias por traerme aquí.

«De vez en cuando hay que cambiar de ambiente para que no disminuya la capacidad atlética. Está comprobado científicamente.»

Tomoko imitaba a su marido, que corría moviendo los brazos de un modo rítmico, unos brazos delgados y blanquecinos que se extendían desde las mangas de la camiseta. Pensó que, desde luego, tenía que hacer más ejercicio. Últimamente, encerrada en casa debido a su trabajo, había perdido vigor

físico, sobre todo en los músculos de las extremidades inferiores. Ya era consciente de que su resistencia física se había deteriorado, pero al correr le pareció como si arrastrara dos palos por los que no circulaba la sangre.

Cuando se lo comentó a su marido, éste le explicó que los músculos de las piernas son los que más se reducen y por eso hay que caminar a diario, pasear, ir de compras. Le hablaba con el tono de un maestro que trata de convencer a una alumna. Tomoko hizo un gesto de asentimiento. Su marido tenía razón, aunque, mientras recordaba la sensación vigorizante que le había producido un viento frío o que había experimentado cuando se aplicaba nieve a los párpados para ahuyentar el sueño al preparar los exámenes de ingreso en la universidad, se preguntó si él entendía de esas cosas. Contemplaba a su marido, que corría delante de ella con los ojos entrecerrados para protegerlos de la clara luz invernal. ¿Por qué un hombre que carecía por completo de musculatura podía entender aquello?

Vio una pareja con un perro, los dos vestidos con sencillas e idénticas trencas, y Tomoko se dirigió a su marido en voz baja, como si le hiciera cosquillas en el oído.

—Fíjate en esos dos. Con lo mayores que son... ¡Qué monos!

Su marido redujo un poco el ritmo y replicó con alegría:

«¡Con qué elegancia visten!».

Tomoko decidió que ellos también deberían llegar a ser un matrimonio como aquél y, sin necesidad de confirmarlo, tuvo la certeza de que su marido estaba pensando lo mismo. Llevaban medio año casados y cada vez estaba más segura de que se extendía ante ellos el camino que conducía hacia la felicidad. ¿De dónde procedía aquella satisfacción por haber evitado con toda seguridad los errores en la elección de la pareja que tantas personas cometen? Su enlace no fue bien recibido por todo el mundo, pero ahora los trinos de las aves silvestres parecían felicitarlos por una decisión tan acertada.

Al cruzarse con aquel matrimonio mayor, Tomoko trató de grabar en su mente las figuras de una pareja tan bien avenida, como ella y su marido llegarían a ser. Era un día laborable y en el tranquilo parque todo brillaba, la luz del sol que se filtraba entre el follaje, las fuentes, el césped y el marido de paja. Tomoko exhaló un suspiro de felicidad por su vida llena de satisfacciones.

Dieron una vuelta al circuito a ritmo lento, empleando un cuarto de hora, a fin de no sobrecargar el corazón, y entonces observaron a los demás visitantes del parque: una pareja que contemplaba unas flores, una familia que descansaba en el césped, unos estudiantes que practicaban diálogos teatrales en un banco y un hombre que dispersaba hojas caídas alrededor de una joven antes de fotografiarla.

Al pasar por delante del recinto canino, el marido señaló la fuente de agua potable.

«Cuando llegemos ahí, nos tomaremos un descanso.»

Tomoko respondió afirmativamente, a pesar de que ya no corrían, sino que caminaban a un ritmo rápido, y empleó la poca energía que le quedaba para llegar allí.

«Voy a comprar bebidas. Entretanto, haz estiramientos en el césped.»

Tomoko lo vio correr hacia el dispensador automático de bebidas y se encaminó al césped pisando las hojas caídas. Iría a una zona donde no había nadie y se veía un poco de tierra. Se sentó, inclinó la espalda hacia atrás con los brazos abiertos y contempló el cielo sin una sola nube. Como la intensa luz le molestaba, cerró los ojos y notó perfectamente que la sangre circulaba por todo su cuerpo. La rigidez causada por el trabajo se había mitigado después de correr.

Más o menos cuando su respiración se había normalizado, vio a su marido entre los árboles. Parecía haber ido bastante lejos en busca de las bebidas. Llevaba en las manos botellines de refrescos. Avanzó lentamente hacia el césped, sin percatarse de que Tomoko le observaba. Sus movimientos patosos le llamaron un poco la atención, pero no le importó. Su marido era de paja, la paja seca que procede de los tallos de arroz y trigo, la paja que se utiliza como pienso y yacija del ganado.

Tomoko se había casado a propósito con un hombre así. Algunos amigos, preocupados, le aconsejaron que lo pensara mejor, aunque la mayoría de la gente no se daba cuenta de que estaba hecho de paja. Lo que le gustó de él fue que era más alegre y tierno que cualquier otro. Al principio, había días en los que ella apenas podía comer, al pensar que tal vez se había precipitado al casarse, pero ahora nunca dudaba de que su intención había sido acertada.

La camiseta del equipo de fútbol que llevaba su marido era más vívida que

cualquiera de las de los visitantes del parque. Era de un bonito amarillo que representaba el sol. Por otro lado, el mismo marido era como una rama seca en un dibujo a tinta china. Esta imagen hizo que Tomoko se riera sin querer.

El marido se detuvo, dejó las botellas en el suelo, dio un salto, asió una rama baja de pino y se puso a hacer flexiones. Después de haberse elevado con tanta ligereza, reanudó su camino como si tal cosa, recogió algo que estaba en el suelo y se apresuró a guardárselo en el bolsillo. Ella pensó que era una bellota o tal vez un insecto. Él reparó en la mirada de su mujer y la saludó agitando la mano. Ella le devolvió el saludo, gritando «¡Aquí!». Pensó que él debía de estar sonriendo de oreja a oreja. No tenía nariz ni ojos ni boca, pero la luz del sol que hacía ondular las sombras permitía imaginar a quien lo miraba diversas expresiones. Tras aplaudir a un joven que hacía juegos malabares, el marido echó a correr ágilmente, como si flotara en el aire, hacia el césped donde Tomoko lo esperaba.

Durante el trayecto de regreso en coche desde el parque, el marido dijo que quería tomar café con leche.

—¿Ahora te apetece tomar algo caliente? —Tomoko tenía ganas de volver a casa cuanto antes y ducharse, pero se apresuró a responder—: Está bien, hagamos un alto.

El bonito dedo de paja enrollada de su marido tocó la palanca del intermitente. Cuando giró en la dirección opuesta a la habitual, ella abandonó el deseo de ducharse y apoyó la espalda sudada en el respaldo del asiento.

«¿No tienes hambre?» le preguntó él.

Ella captó la extraña voz que emergía de una grieta en la paja y contestó que todavía no. La voz de su marido no se entendía bien a menos que se escuchara con mucha atención. Al principio, Tomoko también tenía dificultades para oírla, pero ahora lo hacía con facilidad.

El marido se alegró de encontrar una plaza libre en el aparcamiento al lado de la carretera. Moviendo el cuerpo de un lado a otro, detuvo el motor. En aquel mismo instante, Tomoko comprendió que podía solucionar de otra manera un problema de su trabajo que arrastraba desde hacía tiempo y sacó el móvil para anotar la idea antes de que empezara a olvidarla. Oyó el sonido de la portezuela en el lado del conductor y se quitó el cinturón de seguridad,

preparándose para seguir a su marido.

Hubo un sonido agudo dentro del vehículo, como el choque con algo duro. Tomoko no hizo caso y siguió tecleando en el móvil, pero oyó la voz de su marido que le preguntaba por aquel ruido.

—Oh, no lo sé.

«¿Ha chocado algo con el coche?»

—No, debe de haber sido el sonido del cinturón de seguridad.

El marido, que estaba a punto de apearse, detuvo su movimiento de vaivén y quedó en una postura rara. Mirando la mano de Tomoko, que sujetaba el móvil, la reprendió:

«Por qué te quitas el cinturón con tanta brusquedad?».

—Oh, perdona —se apresuró ella a disculparse. No se había dado cuenta de su precipitación.

La semana anterior, al abrir la portezuela en el lado del copiloto, la golpeó sin querer contra el guardarraíl. Aún no hacía un mes que el marido había comprado el coche, y era un BMW nuevo.

—¿Crees que ha sido el ruido del cinturón? —le preguntó.

«Claro, ha chocado ahí. —Él se inclinó hacia el asiento del copiloto—. Mira. ¿No está dañado?»

Ella no vio daño alguno, pero volvió a pedirle perdón. ¿Cómo iba a chocar el cinturón de seguridad en aquel lugar?

Él insistió en que el coche había sufrido un daño, señalando la parte superior del marco de la ventanilla. Tomoko pensó que la línea que parecía una raya formaba parte del diseño, aunque decidió esperar sin pedir más disculpas hasta que él mismo se percatara de ello. Cuando estuviera calmado, le indicaría que mirase en el lado del conductor, donde vería una línea idéntica.

Tomoko dejó la portezuela abierta y pasó por el espacio entre el vehículo y las plantas que crecían al lado. Desde detrás observó medio atónita lo que hacía su marido. Seguía examinando el marco de la ventanilla.

«Ven a verlo —le dijo finalmente. Tomoko pasó de nuevo entre el vehículo y las plantas y miró el lugar de la ventanilla que él le señalaba—. Mira, está abollado.»

—Es verdad, tienes razón —intervino ella, tocando con un dedo el lugar

que él le indicaba. Había una abolladura de unos cinco centímetros en la parte superior del marco de la ventanilla—. Sí, está un poco deformado.

Se guardó el móvil en el bolsillo y subió al coche. Cerró la portezuela e inclinó la cabeza.

—Perdona, he sido descuidada.

El marido permanecía inmóvil, apretando el volante del coche detenido. No se le veía ninguna expresión en la cara, formada por un amasijo de paja, pero Tomoko comprendió que estaba conteniendo una indignación exagerada.

—¿No vas a comprar el café con leche? —le preguntó, atemorizada.

Él no le hizo caso e inclinó la cabeza.

«Qué decepción...»

Tomoko no sabía qué responder. Él se irguió y miró adelante en silencio. Al cabo de un rato, apoyó la cabeza en el volante y repitió:

«Qué decepción...»

—Perdóname, por favor —se apresuró a pedirle ella. Si callara, aquel momento se repetiría eternamente—. No podía pensar que el cinturón saltara de esa manera.

Él no le respondió. Seguía haciendo el ruido de una masa de paja que rebota contra un volante de automóvil. Se hizo un desagradable silencio durante varios minutos, y por fin, como si hubiera cambiado de idea, abrió la portezuela y dijo que iba a comprar el café con leche.

Tomoko estaba a punto de levantarse, pero entonces él pensaría que no reflexionaba sobre lo que había hecho y se quedó en el coche. Él, que no había tenido intención de esperarla, se alejó rápidamente y cruzó la carretera. Cuando se quedó sola, Tomoko exhaló un profundo suspiro. Con la mirada fija en la matrícula del coche aparcado delante, sacó el móvil y se apresuró a reanudar la nota que había empezado a tomar. En el asiento del conductor había una sola brizna de paja y, mientras la retiraba, él regresó con una lata de café con leche en la mano, se sentó en silencio y arrancó. Giró en redondo y Tomoko, mirándolo en el espejo interior, le dijo:

—Perdona, por favor, a partir de ahora seré mucho más cuidadosa.

Tal vez debería haber hablado más, pero pensó que era mejor no decir cosas que no sentía. Que en lo sucesivo sería más cuidadosa era lo único que

de momento podía decir con sinceridad. Aunque después de mirar por la ventanilla, volvió a pensarlo y puso la mano sobre la que su marido tenía en la rodilla. Si seguían los dos callados, la situación empeoraría, como había experimentado en numerosas ocasiones. Su marido no reaccionaba, pero ella mantuvo su mano sobre la de él durante cierto tiempo. Entonces, notó un ligero movimiento, como si hubiera algo en el interior de la mano de su marido. Tomoko lo miró asustada.

¿Qué sería aquello? A fin de ocultar su inquietud, señaló la lata de café con leche en el posavasos entre los dos asientos y le preguntó si podía tomar un trago. Él le respondió que sí en el tono de un recepcionista antipático. Ella tomó un sorbo, sin poder dejar de preguntarse qué había ocurrido. Con toda seguridad, él tenía algo oculto dentro de la mano. Al pensar en que los dedos de su marido estaban hechos de paja seca, empezó a sentir una comezón en el fondo de la cabeza. Tal vez hubiera sido una simple vibración del coche. Pronto llegaron a casa.

Una vez en la sala de estar, el marido se sentó en el sofá.

«Qué desilusión...», se lamentó.

Tomoko se sentó en la alfombra y se preguntó si el cambio de «decepción» por «desilusión» tendría algún sentido. Él seguía sentado con la cabeza gacha. Dobló el cuerpo hacia adelante y se cubrió el cuerpo con ambas manos, como si estuviera desesperado.

«¿Por qué tratas el coche con tan poco cariño? —le espetó en voz ahogada—. No lo entiendo. Ni siquiera ha pasado un mes desde que lo compré.»

—¡No lo he hecho adrede! —replicó Tomoko, frenética—. Lo del otro día también fue sin querer. No soy consciente de que al quitarme el cinturón de seguridad he de tener tanto cuidado.

El marido se esforzaba por convencerse, con la cara tapada y emitiendo monosílabos mientras movía la cabeza, pero, finalmente, volvió a quejarse con voz ronca:

«No lo entiendo, no tiene sentido.»

Empezó a moverse de atrás adelante, como si creyera que haciendo eso mejoraría la situación. Al principio los movimientos eran pequeños, pero, poco a poco, se ampliaron. Mientras Tomoko, a su lado, lo observaba sin saber qué decirle, él se puso en pie restregándose la cabeza y se dirigió al

recibidor. Como ella no oyó el ruido de la puerta, fue tras él y lo encontró silencioso y barriendo el suelo, que ya había sido barrido dos días antes.

—¿Qué haces?

—No lo sé.

—Anda, deja eso.

Le quitó la escoba y, cogiéndolo de la mano, lo condujo de regreso al sofá.

—De verdad, te lo prometo, a partir de ahora tendré mucho más cuidado.

—Hmm —repuso él, en voz hueca.

Contempló pacientemente aquel movimiento de atrás adelante que él había reanudado, sintiéndose, de forma paulatina, como si estuviera en una embarcación que iba adentrándose en alta mar hasta que fuese imposible volver, y repitió una vez más que no lo había hecho adrede y que, por favor, lo entendiera así.

«Ya, tal vez...», se limitó a replicar él.

En aquel momento, algo volvió a moverse con rapidez en el interior del cuerpo de paja. Ya no había duda. Una pequeña vibración lo recorría por completo. Ella, asustada, estuvo a punto de gritar, pero él no pareció darse cuenta.

—¿Quieres decir que he dañado el coche adrede?

Seguía forzando la conversación, fingiendo que no se había percatado de aquel movimiento.

«No es que piense eso, sin embargo...»

Ella tenía razón. La zona alrededor de la boca de su marido se movía como si algo la empujara. Tomoko fijó la mirada en aquel lugar.

«No pienso eso, pero ¿estás segura de que no pasa nada, aunque el coche haya sufrido un daño?»

Cada vez que él hablaba, casi se veía algo entre las briznas de paja, algo que se movía dentro de su marido, y a Tomoko se le cortaba la respiración. ¿Qué podía ser?

«La semana pasada me prometiste que tendrías mucho cuidado.»

—Lo que te prometí se refería a la portezuela del coche. No había pensado hasta ahora ni una sola vez que debería tener cuidado con el cinturón de seguridad cuando me lo quitara.

«¿Hasta para eso tengo que decirte que vayas con cuidado?»

En el momento en que pronunció «para eso» algo cayó de su boca. Tomoko enseguida trató de comprobar qué era, pero había caído entre los largos pelos de la alfombra.

—Créeme, a partir de ahora tendré mucho cuidado, de verdad.

Él se dio cuenta de que no era sincera.

«Dime algunas medidas más concretas.»

—¿Medidas para tener cuidado?

Tomoko no podía apartar los ojos de la cara de su marido. De todos los intersticios empezaban a salir objetos. Eran pequeños instrumentos musicales. Numerosas clases de diminutos instrumentos que podían cogerse con las puntas de los dedos rebosaban de su cuerpo como si huyeran. Trompeta, trombón, tambor, clarinete, clavecín...

—Medidas para desconectar con cuidado el cinturón de seguridad... — musitó Tomoko, absorta en los instrumentos musicales.

«Es que en realidad no piensas que has hecho mal. Si a partir de ahora vas a intentar abrir la portezuela con cuidado, es porque te fastidia que te regañe.»

Su tono era cada vez más airado. Tomoko se preguntó si aquella ira guardaría relación con la salida de los instrumentos musicales de su cuerpo.

—Yo creía tener suficiente cuidado con el coche —objetó, preocupada—, pero tú parece estar convencido de que no lo tomaba en serio. ¿Es eso cierto?

«¿No crees que hayas de tener cuidado?»

La intensidad con que caían los instrumentos musicales iba en aumento. Empezaban a amontonarse alrededor de sus pies y ya no se le veían las zapatillas. Su cuerpo empezó a encogerse en proporción a la cantidad de instrumentos musicales expulsados.

—¿Por qué dudas de lo que creo? —le preguntó Tomoko. Instintivamente, extendió las manos por debajo de la cara de su marido para detener el flujo al parecer interminable de instrumentos musicales—. Después de todo, quieres creer que soy una persona detestable. ¿A qué viene tanta ironía, por qué no me lo has dicho con franqueza desde el principio, sin tantos subterfugios?

Sus manos se llenaron de instrumentos musicales y, entre sus dedos, se deslizaron cientos de tambores y flautas.

—¿Cómo has podido casarte con una mujer tan detestable?

Su marido seguía hablando al tiempo que expulsaba cientos de pares de platillos.

«Si, realmente, ¡chinchín!, pensaras que has hecho mal, ¡chinchín!, ¡chinchín!, no me replicarías así.»

Tomoko se preguntó por qué su marido no se daba cuenta de que estaba expulsando de su cuerpo tantos instrumentos musicales. De repente, el ritmo de la caída se redujo. Al alzar la cara para mirar a su marido, que debía de estar sentado en el sofá, vio que había cambiado de un modo sorprendente. Ahora que no tenía contenido no era más que un triste montón de paja. El cordón que sujetaba las briznas estaba flojo en muchos lugares y poco faltaba para que se dispersaran por todo el sofá. ¿Cuál de los dos elementos era su marido, los instrumentos musicales o el envoltorio de paja?

—Oye, por favor, ¿qué te parece si dejamos de pelearnos? —le sugirió Tomoko alzando la voz.

Su tono sobresaltó al marido, que cerró la boca antes de decir lo que pensaba.

«Tienes razón —respondió fríamente—, pelearnos es una pérdida de tiempo.»

Tomoko miró el hueco negro que se veía entre los intersticios de la paja y pensó que él había expulsado todos sus instrumentos. Sobre la alfombra había varios montones que, reunidos, podrían recomponer a su marido. Corno alto, bombardino, marimba... Tomoko intentó tocarle la mano de paja, pero, al parecer, él no podía sujetar el peso de su envoltura y, antes de que la tocara, la mano cayó sobre el sofá como una planta azotada por el viento. Ella cogió la mano caída.

—No te preocupes —le tranquilizó—. No hagas ningún esfuerzo. La culpa es mía. Ya no volveré a subir a tu coche.

«Ah, ésa tal vez sea una buena idea», contestó él en voz débil.

Entonces, Tomoko se percató de que el olor de su marido, que era delicioso como el de una toalla tendida al sol, se había convertido en olor a pienso de ganado. Se levantó y miró a su marido, que estaba acostado y le daba la espalda. En su mente una voz murmuraba: «¿Por qué me he casado con semejante cosa? ¿Por qué estaba contenta después de haberme casado

con un ser de paja?».

El marido, agotado tras la expulsión de los instrumentos musicales, no se movía. Tal vez hubiera muerto. Bastaría golpearle con fuerza para comprobar si estaba vacío. En aquel momento apareció en su mente la vívida imagen de una llama de un rojo vivo, seguida por la escena de algo envuelto en llamas sobre el sofá blanco de la sala de estar, donde penetraba la luz de la mañana.

¿Qué ocurriría si prendía fuego a la paja?

Aún no lo sabía y sólo de imaginarlo se le aceleraban los latidos del corazón. Sin duda, bastaría un poco de fuego para que ardiera por completo. Volvió en sí y no pudo seguir mirándolo. Empezó a introducir los instrumentos caídos dentro de la paja. No tenía la seguridad de que hubieran salido ilesos de la caída, pero los recogió con ambas manos, los introdujo en el cuerpo de su marido y éste empezó a hincharse como una esponja que absorbe agua.

Repitió muchas veces la operación desde la alfombra a la paja. Sólo una vez se detuvo a mitad del camino, cogió una brizna caída y le aplicó la llama del encendedor para el incienso. La llama se alzó como si fuera un ser vivo. Suspirando ante la belleza de la llama, Tomoko pensó que algún día le gustaría prender fuego a un haz de paja. Introdujo el último instrumento en el interior de su marido. Al final, él se levantó del sofá. Parecía haberse recuperado... Miró a Tomoko.

«Perdóname. Yo he tenido la culpa —le aseguró con dulzura. La desigualdad de las briznas arrojaba sombras en su cara—. Al fin y al cabo, un coche no es más que un objeto de consumo. Te ruego que me disculpes mi malhumor. ¿Por qué no vamos de nuevo a correr por el parque?»

Cogió la mano de Tomoko. Un momento antes ella había olvidado la escena de la paja ardiendo y aceptó con agrado la propuesta.

—Sí, muy bien. Quiero ir.

Los dos subieron al coche y, cuando corrían por el parque, donde había más gente que antes, a él volvieron a caérsele algunos instrumentos musicales, pero Tomoko le distrajo señalando las hojas rojas de los árboles.

—¡Mira qué bonito es todo esto! La luz del sol que se filtra entre los árboles, las fuentes, el césped, las flores...

Los instrumentos musicales, que no dejaban de caer, hacían ruido al romperse. Corno, timbales. Mientras aprendía la manera de correr de su marido, aspiró profundamente el aire puro. La tarde era muy agradable. El follaje rojo por encima de su cabeza era tan bello como un fuego llameante.

Glosario

Baumkuchen

Pastel tradicional alemán, cilíndrico y hueco en el centro. La masa de mantequilla, huevo, azúcar, vainilla, sal y harina se coloca en unos pinchos rotatorios expuestos al fuego. Al girar, la masa se va dorando y, una vez lista, se glasea con fondant.

Donburi

Cuenco de tamaño grande con arroz sobre el que se coloca carne, pescado, verduras u otros ingredientes, hervidos o aderezados con una salsa especial. La variedad *oyako* tiene como ingredientes principales pollo troceado y huevo.

Genkan

Vestíbulo de una casa japonesa, situado un poco por debajo del pasillo, de modo que forma un escalón. Es un espacio para dejar los zapatos e impedir que la suciedad traída del exterior penetre en la vivienda.

Jizo

Deidad guardiana de los niños y los viajeros, de cara redonda y expresión bonachona. Sus estatuas de piedras, en general, con gorritos y baberos, suelen encontrarse a lo largo de las carreteras, casi siempre cobijadas en pequeños y sencillos santuarios de madera.

Katorisenko

Repelente de mosquitos en forma de pebete espiral. Suele decirse que su aroma es el del verano japonés.

Kinpira

Raíz de bardana y zanahoria cortadas en trozos pequeños y cocinadas con azúcar y salsa de soja.

Kooriazuki

Granizado de hielo recubierto de alubias rojas *azuki* endulzadas.

Kokeshi

Tipo de muñeca tradicional de madera que carece de extremidades y con un diseño floral en el cuerpo.

Mugicha

Infusión de cebada tostada que se toma fría.

Nukazuke

Encurtidos en salmuera y salvado de arroz fermentado.

Obento

Surtido de alimentos (arroz, pescado, carne, verduras encurtidas o cocidas, etcétera) colocados en recipientes en forma de caja, que varían desde los de usar y tirar producidos en serie hasta cajas lacadas que son auténticas obras artesanas.

Ponzu

Salsa a base de soja y zumo de una especie de naranja amarga.

Sanshou

Tipo de pimienta japonesa.

Shirayaki

Anguila a la parrilla sin sazonar, tan sólo con sal, de modo que se note su auténtico sabor, sin la salsa que prefiere el público en general. Es una preparación propia de *gourmets* de la anguila.

Shishito

Pequeño pimiento verde dulce. Se sirven asados en brochetas, fritos o cocidos con soja y *dashi* (caldo a base de pescado y algas).

Soba

Fideos delgados de alforfón, que pueden tomarse fríos, sumergidos en una salsa, o en caldo caliente. La variedad frita con verduras y carne troceada se llama *yakisoba*.

Surume

Tiras de calamar o sepia secas y sazonadas.

Yuzu

Cítrico del Asia oriental parecido a un pomelo pequeño, muy aromático.

Título original: *Irui kon'in tan*

Edición en formato digital: 2019

Irui kon'in tan © 2016 Yukiko Motoya. All rights reserved. First published in Japan in 2016 by Kodansha Ltd., Tokyo. Publication rights for this Spanish edition arranged through Kodansha Ltd., Tokyo

© de la traducción: Jordi Fibla Feito, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-457-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es